



ESFINGE

conocimiento · reflexión · diálogo

Revista digital n.º 135

Marzo 2024

Giordano Bruno en el universo infinito

Alicia en el metal-verso

Lecciones de estética de John Keats

La amistad filosófica

Pico della Mirandola

Juicios y prejuicios

Jinarajadasa, un alma consagrada

SUMARIO

4



Giordano Bruno en el universo infinito

11



Alicia en el metal-verso

15



Lecciones de estética de John Keats

25

La amistad filosófica



34



Pico della Mirandola

Juicios y prejuicios



40

47

Jinarajadasa, un alma consagrada



Revista digital n.º 135 Marzo 2024
www.revistaesfinge.com
ISSN: 2952-4784

MESA DE REDACCIÓN:

M.^a Dolores F.-Figares, subdirectora
Fátima Gordillo, coordinadora
Miguel Ángel Padilla, mesa editorial
Elena Sabidó, redacción y archivo
Juan Carlos del Río, *webmaster*
Gabriele Ruskenaitė, edición de contenidos
Esmeralda Merino, estilo y corrección
Lucía Prade, suscripciones y redes sociales

Esfinge es una revista publicada por la EDITORIAL NA, impulsada por la Escuela de Filosofía de la Organización Internacional Nueva Acrópolis en España, para promover el conocimiento, la reflexión y el diálogo, como medios que proporcionen, en estos tiempos convulsos, herramientas válidas para el respeto y la convivencia de los seres humanos entre sí y con su entorno.

La opinión vertida por los autores de los artículos, no ha de ser estrictamente la misma de la mesa editorial.





Renacer

Cada vez sentimos más que la humanidad está perdiendo prácticas, a base de negar su posibilidad. Una de ellas es la búsqueda de la verdad, meta de sabios, filósofos y científicos de todos los tiempos, hasta el punto de que se ha extendido la opinión de que no hace falta querer saber la verdad de las cosas o los acontecimientos. De ahí a pensar que solo podemos llegar a una verdad subjetiva, porque cada ser humano tiene la suya propia en forma de opinión, hay solo un paso que nuestras sociedades están adoptando sin tener en cuenta cómo sus efectos negativos se van acumulando. Esta tendencia tiene un nombre, que es la llamada posverdad, un término que parece sugerir la inutilidad de una búsqueda que, sin embargo, tantos frutos maravillosos ha aportado a los seres humanos a través de la historia, y ya no tiene sentido.

Precisamente el contenido de nuestra revista este mes nos ofrece varios nombres, que en medio de una época que prolongaba la oscuridad medieval, alumbraron los saberes que devolvieron a las sociedades la dignidad humana, recuperando los tesoros olvidados o perdidos. Algunos, como Giordano Bruno, fueron asesinados y sus obras destruidas, o se vieron despojados de sus atributos.

En estos tiempos, acercarnos a los escritos de los filósofos clásicos y renacentistas nos abre caminos renovados hacia el encuentro de la verdad, y nos demuestra que es posible, aunque sea difícil.

El Equipo de Esfinge



GIORDANO BRUNO en el universo infinito

Fátima Gordillo

En 1889 el pueblo de Roma aprobó, por mayoría en la municipalidad, que se colocara una estatua en homenaje a Giordano Bruno en el lugar en que fuera quemado en la hoguera por la Inquisición un 17 de febrero de 1600. Realmente, la estatua no está ubicada en el lugar exacto donde se irguió la pira dentro de la plaza de Campo dei Fiori, pero desde la posición en la que está, con su altura y su mirada, el Nolano sigue hoy desafiando a todos los que responden con la fuerza ante los argumentos de la razón.

No sería posible en un breve artículo tocar, ni tan siquiera de pasada, todos los aspectos en los que Bruno supuso, y supondrá, una verdadera revolución para el pensamiento. Es posible que los que en su día lo calificaron como «mártir del librepensamiento y la ciencia» no entiendan del todo el alcance de dicha afirmación. Por eso, en este espacio solo vamos a abordar una de sus múltiples aportaciones: la de un universo infinito y un planeta, el nuestro, que no era lo que los dogmas de la época afirmaban.

Cuando la Tierra era el centro

En algún momento del desarrollo del cristianismo, algo cambió. Quizá fue en sus primeros tiempos. Por aquel entonces, el saber filosófico y el científico no se concebían en rivalidad con las creencias religiosas, los eruditos de todo el mundo llegaban a lugares como Alejandría a compartir saberes, a investigar y a descubrir nuevas visiones, sin que eso estuviera en oposición con el culto de dios alguno. Los conocimientos que hicieron posibles las grandes construcciones del momento, los mecanismos de trasvase de agua, las bibliotecas, los centros curativos, la libre discusión sobre el hombre, la naturaleza y el cosmos... todo eso formaba parte del mundo de la filosofía, que convivía con un entorno social, político y religioso en franco declive. En su *Discurso verdadero contra los cristianos*, el platónico Celso, en el siglo II, afirmaba: «Nada más pueril que

la cosmogonía de los cristianos, la narración de la creación del hombre a imagen de Dios, el paraíso plantado por la mano de Dios [...] ¡El mundo creado en seis días! ¡Como si fuesen concebibles anteriores a la aparición del sol y de la luz!». Para los filósofos de la Antigüedad, los mitos acerca de sus dioses no eran literales: «Estas palabras de Zeus a Hera deben interpretarse como palabras divinas dirigidas a la materia. Y significan que, tras encontrar la materia en estado de caos, Dios la ordenó y la encadenó en los lazos de la armonía y el orden», explicaba el mismo Celso sobre la guerra de los titanes.

En el 585 a. C. tuvo lugar un eclipse que el sabio Tales de Mileto había predicho con antelación. Anaximandro de Samos, discípulo de Tales, ya había dicho que la Tierra era redonda; Eratóstenes, en el siglo III a. C., había calculado la longitud de su meridiano con gran precisión, así como la distancia de la Tierra al Sol y la inclinación del eje, e ideó la distribución de los años bisiestos cada cuatro. Arquímedes, notable matemático, hizo avanzar la hidrostática, inventó armas, máquinas para el movimiento de aguas y granos... Aristarco de Samos, incansable investigador de la biblioteca de Alejandría, elaboró un modelo del universo en el que la Tierra giraba alrededor del Sol en el siglo III a. C., aunque tardó más de 1700 años en ser aceptado, porque ya en su tiempo, aquellos que intentaban acomodar las leyes naturales a su estrecha visión del mundo, se oponían a la idea de que el ser humano, así como el planeta donde habitaba, no fuera el centro del universo.

Aunque ya en su tiempo algunas de las obras de estos pensadores, en especial las de Aristarco, fueron silenciadas por heréticas, nunca cayeron totalmente en el olvido, y sus teorías se mantuvieron latentes hasta que la historia les dio la oportunidad de salir a la luz muchos siglos después.

Como decíamos antes, algo en los primeros tiempos del cristianismo cambió. La forma de salir adelante y sobrevivir endureció hasta el extremo la relación de la Iglesia con la





ciencia. Se priorizó, como se había hecho en otros momentos oscuros de la humanidad, la letra muerta sobre la naturaleza viva. Cuaquier cálculo o descubrimiento que contradijera el dogma debía ser retorcido y mutilado hasta encajar con el modelo oficial. La Iglesia, estática y monolítica, adoptó el estatismo de Ptolomeo y la visión de la naturaleza de Aristóteles, porque la mayor y mejor obra de Dios fue el ser humano, para quien todo fue dado. Dios lo situó inmóvil en el centro y, por tanto, todo en el universo giraba a su alrededor. Aristarco había predicho que las estrellas estaban mucho más lejos de nosotros (y entre ellas) de lo que se contemplaba en los modelos astronómicos. Hoy lo sabemos, pero entonces las estrellas eran el manto con el que Dios cubría las esferas que rodeaban a la Tierra. El Dios creador e infinito había construido un mundo finito y limitado, señalando así una frontera abismal entre él y el hombre, que solo podía llegar hasta la divinidad en calidad de siervo. El hombre y la Tierra, como objetos inmóviles, no disponían de un movimiento propio, igual que en la visión teológica.

Pero muchos seguían levantando la vista hacia el cielo nocturno y preguntándose por qué las estrellas errantes (lo que hoy conocemos como planetas) eran errantes, por qué la visión del cielo cambiaba con las estaciones, por qué el movimiento observable de los planetas, el Sol y la Luna no eran compatibles con el modelo de Ptolomeo... De vez en cuando, en algunos círculos, se recordaba a Aristarco, se ajustaban los cálculos a su sistema y parecía que las cosas encajaban mejor... pero no se podía decir en voz alta sin que hubiera un gran y peligroso revuelo. A Bruno le costó la vida, y a Galileo casi.

En el siglo XV, el cardenal católico Nicolás de Cusa, afín al platonismo y al misticismo de Ramón Llull, difundió ideas cercanas a las corrientes herméticas que tanto auge tuvieron durante el Renacimiento, que consideraban que Dios, el mundo y el hombre no eran entes separados, sino que todo era parte de Dios. Que Dios es Todo y más que

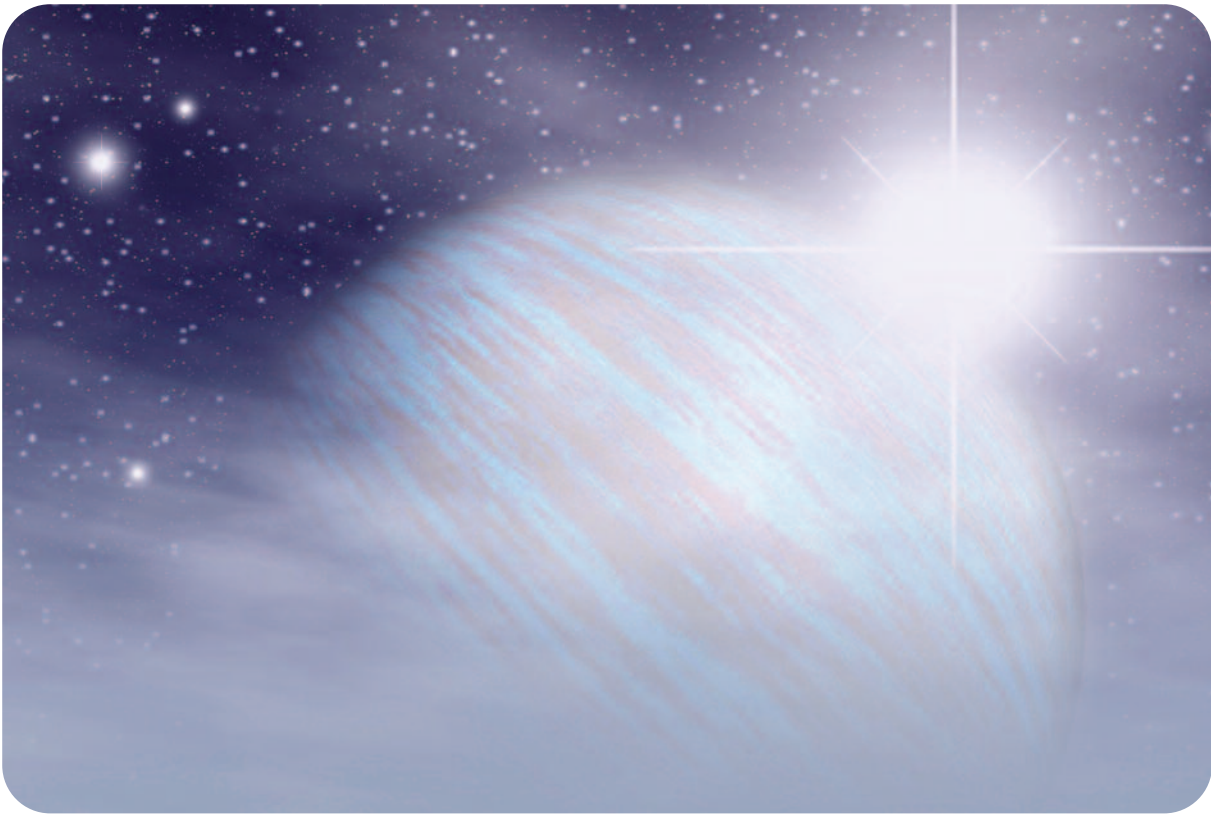
el Todo, de manera que la suma de Todo no era Dios. Y también la idea de que Dios como Unidad es la síntesis de los contrarios, el elemento armonizador, idea hermética por excelencia. El de Cusa cuestionó el sistema heliocéntrico y el estatismo de la Tierra, y planteó que el universo debía de ser infinito como Dios, y que, asimismo, existía la posibilidad de que hubiera otros mundos en esa infinitud.

Poco tiempo después de la muerte de Nicolás de Cusa, el polaco Nicolás Copérnico realizó sólidos cálculos matemáticos y observaciones astronómicas que le llevaron a la conclusión de que era el Sol, y no la Tierra, el que estaba en el centro, además de un dato muy interesante, y ese dato era que la Luna no estaba, al igual que el resto de planetas y el Sol, en una esfera propia alrededor de la Tierra, sino que la Tierra giraba alrededor del Sol, y la Luna alrededor de la Tierra. Con la publicación de *Sobre las revoluciones de los orbes celestes* poco antes de morir, lanzó una semilla a una tierra que, desde Aristarco, no había dejado de abonarse y, esta vez, sí que estaba madura para germinar, aunque tuvo, para ello, que ser regada con sangre.

Cuando el universo se volvió infinito

Al contrario que Aristarco, Tales, Eratóstenes o Copérnico, Giordano Bruno no fue matemático. Tampoco fue astrónomo fuera de la astronomía que se enseñaba en los estudios de Teología, en los que se doctoró, o de la que había conocido por medio de las obras de Copérnico, Nicolás de Cusa, Platón y otros sabios de la Antigüedad. Lo que sí era, como él mismo se reconocía, es un filósofo natural, buscador incansable de la verdad allá donde estuviera, observador del mundo, reconocedor de la obra de la naturaleza y devoto del Dios que está en todas las cosas. La ciencia actual valora de él que fuera ejecutado por sus ideas, porque en dichos ámbitos se le considera matemático





y astrónomo, aunque de todas las acusaciones por las que finalmente se le condenó, solo una se refería a su defensa del movimiento de la Tierra, y dicha afirmación, como las otras que se referían a la conformación del universo, no fue desarrollada basándose en sencillas o complejas operaciones matemáticas o en noches en vela mirando el movimiento de las estrellas. Las ideas que Bruno defendió, aunque hoy las hemos separado de su madre hasta renegar de ella, nacieron de la filosofía antigua, y adelantaron ideas que tardaron siglos en demostrarse.

Es un viejo tropiezo el creer solo en lo que está demostrado en el momento en que se vive, y olvidar que a veces es necesario un tiempo y una madurez en las pruebas y en los métodos para llegar a probar algo, por lo que negar las cosas que aún no han sido probadas es repetir los errores del pasado. Seguimos queriendo ajustar la verdad al molde de lo que aceptamos.

Así, mientras la obra exclusiva de Dios se limitaba a nuestro planeta y a nuestro cielo conocido, todo ello limitado, pequeño, obtuso y estático, para Bruno era imposible que la infinitud de Dios se manifestara de forma tan estrecha, y sostuvo que el universo debía ser también infinito. Dijo además que era ilógico pensar que, en esa infinitud, pudiera haber un único mundo. El manto de estrellas que nos envolvía en la noche no era el límite de nuestra visión y nuestro entendimiento, sino un cascarón ilusorio donde las estrellas que veíamos eran soles de sus propios planetas, y que nuestro Sol, el Sol, no era sino una estrella más en la vastedad del cielo. La Tierra, por supuesto, giraba alrededor del Sol, y no estaba estática, sino que giraba sobre su eje, y esa era la causa de que se presentara ante nuestros ojos la ilusión del movimiento de los cielos.

Aparte de esta infinitud de lo grande, Bruno también se aproximó a lo infinitamente pequeño, y planteó, de forma más o menos similar a Demócrito, que los ladrillos

esenciales con los que todo está construido son los átomos, pero no en el sentido actual, en el que el átomo aún puede dividirse en muchas más partículas. Para Bruno, al igual que en las antiguas doctrinas, el átomo (*a-tomos*, 'sin partes') era la partícula última e indivisible, aquella en la que todo se descompone y que, por diferentes relaciones con otros átomos, forma los distintos compuestos de la materia. Avanzó también la idea de la relatividad del movimiento, y por todo esto los actuales científicos, con sus telescopios y sus aceleradores de partículas, se sorprenden y alaban la osadía de su pensamiento... aunque no se basara en el sistema científico para afirmar todas esas cosas, sino en algo más inapresable, incómodo y escurridizo: la magia natural, que abogaba por el conocimiento de las leyes de la naturaleza para orientar el trabajo humano, tanto material como espiritual, en la corriente de esa naturaleza, de manera que, entrando en su corriente y trabajando a su favor, el ser humano fuera capaz de conocerse y «dominarse» a sí mismo y a la naturaleza, aunque desarrollar más esta idea daría para mucho más y no hay espacio en este artículo para ello.

Para la Iglesia, Bruno fue un personaje incómodo, sin duda, pero para la ciencia que dice admirarle, también lo es. No es justo celebrar solo las ideas que se alinean con las tuyas y despreciar las que no comprendemos o no estamos dispuestos a aceptar. Bruno también afirmó que todos los seres tienen alma, y que no solo había vida en otros sistemas, sino que los planetas y los soles eran, también, seres vivos con alma, que desarrollan su propia vida y evolución. De alguna manera, incluso en el pensamiento científico, el ser humano sigue siendo el centro y la medida de todo, y definimos la vida según lo que es para nosotros la vida humana, siendo incapaces, igual que los que encendieron la pira de Bruno, de aceptar que las cosas son como son, independientemente de lo que nosotros podamos o no ver de ellas... y que solo el que se tiene por filósofo natural es capaz de escapar de los dogmas y buscar la verdad donde quiera que esté, en lugar de retorcer y mutilar las cosas que manifiesta la naturaleza para que encajen en su modelo del mundo.



Según explica Alberto Bernabé en la introducción a Heráclito en *Fragmentos presocráticos: de Tales a Demócrito*, «el filósofo debe, como el buscador de oro, ser constante, para obtener un poco de lo valioso tras el esfuerzo grande, tener voluntad de creer y confianza en el éxito, así como falta de prejuicios, y poseer la capacidad de entender el lenguaje de la razón, es decir, comprender tras las manifestaciones del mundo visible el “código” que permite descifrar el mensaje del cosmos». De esa misma manera, Giordano Bruno fue un incansable buscador de oro, sin prejuicios que limitaran su búsqueda de la verdad. Si somos sinceros, nadie puede decir (y que sea cierto) que ha encontrado la verdad de las cosas, aunque muchos sostienen que la poseen; así demuestran ser como la Tierra de Ptolomeo, y permanecen toda su vida inmóviles en su propio centro. Otros, como Aristarco, el de Cusa o Bruno, la buscaron sin miedo... Por eso es más posible que, saliendo de lo conocido, descubrieran algo de lo desconocido. Algo de lo que aún está por descubrir.

Bibliografía

<https://asclepio.revistas.csic.es/index.php/asclepio/article/download/638/844?inline=1>
Rowland, Ingrid K. (2009). *Giordano Bruno: filósofo y hereje*. Ariel. Barcelona.
Yates, F. (2023). *La tradición hermética y Giordano Bruno*. Erasmus. Córdoba.
Celso (2009). *Discurso verdadero contra los cristianos*. Alianza. Madrid.
Fragmentos presocráticos (2008). *De Tales a Demócrito*. Alianza. Madrid

Imágenes

Eclipse: Chris reich en Pixabay

Ilustración espacio: Gerd Altmann en Pixabay

Ilustración planeta-cosmos: Enrique Meseguer en Pixabay

Universo azul: Enrique en Pixabay





Si hay un grupo que tiene una legión de seguidores tanto como detractores sin duda son los Magos. Inmersos en una etapa de salidas e incorporaciones se han sacado un «discazo» de puro heavy metal, posiblemente el disco más metalero de su larga carrera.

La salida de Zeta no ha supuesto ningún trauma, pues la llegada de Rafa Blas continúa dando un sello de calidad a la parte vocal de Mago de Oz. Es un vocalista bastante completo, capaz de aportar momentos melódicos y registros más potentes.

Si la llegada de Rafa es un aporte importante de calidad, la reincorporación de Jorge Salán es una gran noticia. No es necesario comentar su indudable maestría como solista y su importancia en el panorama internacional. En esta segunda etapa con Mago de Oz, su guitarra junto con la de Víctor de Andrés forman una combinación de calidad, y eso se nota en las composiciones resaltando el protagonismo de la guitarra. Por su parte, Moha sigue dando el reconocible sonido al grupo con su mágico violín. También destaca el aporte a los teclados de Francesco Antonelli.

La primera vez que escuche *Alicia en el metal-verso* me sorprendió gratamente desde el principio. Guitarras pesadas con clara influencia de Black Sabbath inician el tema de doce minutos. Por un momento, parece que el mismo Tony Iommi está presente en la grabación. La canción consta de varias partes con cambios que van de lo *heavy* (muy presente en todo el tema) a otros momentos más acústicos o con sonido *folk metal* típico de los Magos. En definitiva, una magnífica pieza de *heavy metal* que me recuerda en potencia y calidad a la fabulosa *Astaroth* y a ciertos pasajes de *La cantata del diablo*.

Txus ha vuelto a apostar por el disco conceptual, aunque eso represente una dificultad añadida. Él mismo expresa en una entrevista para *Mariskal Rock* que «es un sobreesfuerzo tener que escribir una historia paralela, que tenga un hilo conductor, ordenar las canciones, etc., cuando realmente puedo sacar nueve temas cada uno de su padre y de su madre; es más cómodo para mí».



En esta adaptación libre del clásico de Lewis Carroll, Txus expone su preocupación sobre los peligros que el metaverso supone, sobre todo para los más jóvenes. La dependencia excesiva de un entorno virtual tridimensional a través de nuestros dispositivos digitales es una faceta que, innegablemente, está presente en nuestro mundo y en nuestros jóvenes.

Los videojuegos y plataformas de realidad virtual donde los usuarios pueden interactuar e incluso crear contenido en forma de avatares digitales ya no es algo de ciencia ficción. El mundo del videojuego es uno de los principales exponentes del metaverso y ya es sabido los grandes problemas de dependencia que a menudo jóvenes y no tan jóvenes experimentan.

Como casi todo, tiene su parte positiva: es un espacio donde interactuar y trabajar en línea, poder conectarse con amigos y familiares en todo el mundo. También es positivo en la medida que permite acceder a opciones educativas *online*. Por no hablar de las infinitas posibilidades a nivel empresarial.

Recuerdo con cierta tristeza cuando en una ocasión le pregunté a un niño al que tengo cierto aprecio (inmerso en su tablet y contestándome sin apartar la mirada de su videojuego) qué pasaría si de repente desapareciese Internet para siempre. Su respuesta fue: «los niños del mundo serían más infelices».

Es evidente que hay generaciones que han nacido con Internet y no pueden concebir un mundo sin él. La tecnología ha supuesto un antes y después en la historia. Los que nacimos dentro de lo analógico a veces sentimos cierta nostalgia de esa infancia tan diferente. No había posibilidad de acceder a infinidad de canales, plataformas de series o películas. Nuestros amigos eran los del barrio y no los cientos o miles (virtuales, claro) de cualquier parte del mundo. Nuestros juegos, muchas veces, tenían relación con lo

que dictara nuestra imaginación. Incluso en muchas ocasiones, la diversión consistía en estar sentados en un banco de una plaza contando historias.

Hay estudios relacionados con los juegos electrónicos que encienden las alarmas. Son más adictivos que la televisión y, concretamente, los juegos violentos dan lugar a conductas agresivas. Las consecuencias de horas y horas de estímulos de este tipo van modificando nuestra personalidad e incluso nuestra mente. Pero eso sí, hay ciertos intereses muy poco escondidos que logran su cometido: entretener y distraer para que la gente no piense. O mejor, que nadie tenga ideas distintas a lo que interesa a los que manejan el cotarro.

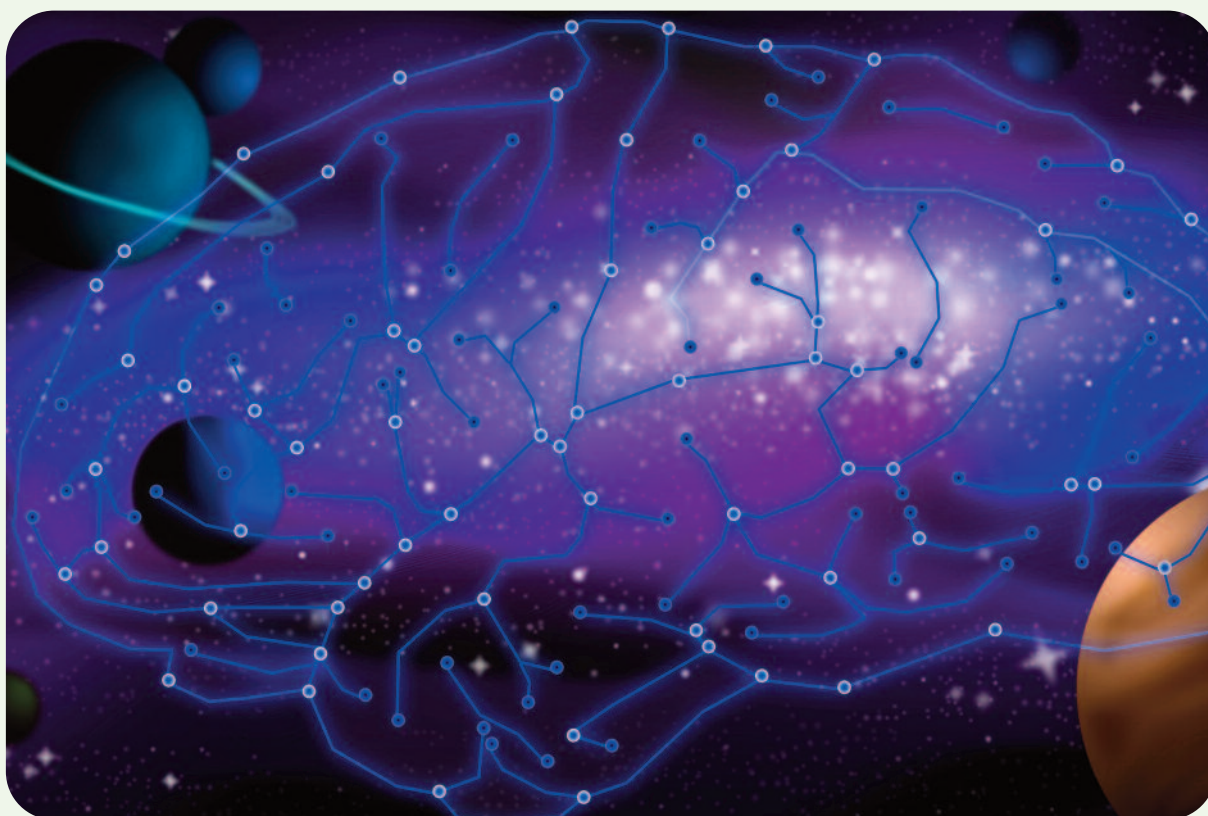
En algunos países del llamado primer mundo hay gran número de seres humanos que pasan más tiempo viendo televisión y vídeos que durmiendo. Lo que vemos en las plataformas responde a recomendaciones generadas por algoritmos.

Y, sin embargo, creemos que somos libres y que no estamos manipulados.

José Antonio Marina (Toledo, 1939) es uno de los filósofos españoles más conocidos. Desde hace algún tiempo sigo su podcast *Proyecto para una inteligencia. Conversaciones desde el Panóptico*.

Como él mismo explica en la introducción, su intención es responder a la pregunta: ¿quién piensa cuando yo pienso?, «investigar cómo trabaja la inteligencia humana y la memoria. (...) En Proyecto para una inteligencia hablo de una inteligencia resuelta, que es aquella que nos ayuda a encontrar soluciones y poder tomar decisiones con decisión, características básicas de la inteligencia, que es una mezcla de conocimiento y valor».

El problema de la libertad es fundamental en el pensamiento de Marina: a mediados del siglo XX se puso de moda en los sistemas educativos cierta permisividad, con la





finalidad de defender la libertad de los niños. Educadores y psicólogos coincidían en que no había que imponer nada a los jóvenes, no había que obligar a los niños a obedecer reglas comunes.

Según Marina, estos postulados en la educación produjeron una «epidemia de narcisismo egoísta».

Sigue diciendo que «el niño tiene que aprender poco a poco a regular sus emociones, a controlar su acción, a tomar decisiones, a ser responsable, a seguir su vida no solo por sus deseos sino por valores pensados. (...) La educación permisiva, queriendo proteger la libertad del niño, la debilita. La resistencia al esfuerzo o la tolerancia a la frustración, que son recursos esenciales para la vida libre, quedan anuladas».

Como siempre digo, no pretendo convencerte de nada, simplemente a través de este canal es mi intención que reflexionemos. Es posible que la libertad sea algo a conseguir y no el libre egoísmo de que cada uno hace lo que quiere. La libertad, como yo la entiendo, toma como punto de partida no hacer daño a los demás ni a uno mismo. Y sobre todo, creo que esta sociedad tiene una gran responsabilidad y un compromiso con la educación de los más jóvenes.

El niño del que antes hablaba no tiene la culpa de su adicción a los videojuegos y demás elementos del metaverso, somos todos un poco responsables. Si logramos canalizar sus inquietudes de una forma más natural y pedagógica, lograremos que tenga momentos para la diversión, para leer libros y para vivir aventuras, aunque para ello tenga que salir de su zona de confort.

Y quiero pensar que, si esto ocurre, lograremos seres humanos más sanos y felices.

Imágenes:

Metaverso: Riki32 en Pixabay

Metaverso-cerebro: Riajo en Pixabay

Niña: Prashant Sharma en Pixabay

Lecciones de estética en las cartas de JOHN KEATS

José Carlos Fernández

I

Thou still unravish'd bride of quietness,
Tú, novia¹ virginal de la quietud,
Thou foster-child of silence and slow time,
tú, hija adoptiva del silencio y el tiempo calmo,
Sylvan historian, who canst thus express
selvática historiadora, que puedes así expresar
A flowery tale more sweetly than our rhyme:
un cuento florido más dulcemente que nuestra rima:
What leaf-fring'd legend haunts about thy shape
¿qué leyenda de hojas coronada rodea tu figura
Of deities or mortals, or of both,
de dioses o mortales, o de ambos,
In Tempe or the dales of Arcady?
en Tempe o en los valles de la Arcadia?
What men or gods are these? What maidens loth?
¿Qué hombres o dioses son estos? ¿Qué doncellas esquivas?
What mad pursuit? What struggle to escape?
¿Qué loca búsqueda? ¿Qué lucha por huir?
What pipes and timbrels? What wild ecstasy?
¿Qué panderos y caramillos? ¿Qué éxtasis salvaje?

¹ Traducido por José Carlos Fernández, el autor de este artículo.

II

Heard melodies are sweet, but those unheard
Las melodías que oyes son dulces, pero las que no oyes
Are sweeter; therefore, ye soft pipes, play on;
son aún más dulces; así, suaves caramillos, tocad;
Not to the sensual ear, but, more endear'd,
no para el oído sensible, sino, más amables
Pipe to the spirit ditties of no tone:
soplad para el espíritu tonadillas sin tono.
Fair youth, beneath the trees, thou canst not leave
Bella juventud, bajo los árboles, no puedes abandonar
Thy song, nor ever can those trees be bare;
tu canción, ni pueden nunca estos árboles ser cortados;
Bold Lover, never, never canst thou kiss,
audaz amante que no puedes nunca, nunca besar
Though winning near the goal yet, do not grieve;
aunque vencedor cerca ya del premio, no te lamentes,
She cannot fade, though thou hast not thy bliss,
ella no puede desvanecerse, aunque tú no alcances tu dicha,
For ever wilt thou love, and she be fair!
porque siempre la amarás, y no perderá su belleza.

III

Ah, happy, happy boughs! that cannot shed
¡Ah, alegres, alegres ramas!, que no podéis perder
Your leaves, nor ever bid the Spring adieu;
vuestras hojas, ni decir nunca a la primavera adiós.
And, happy melodist, unwearied,
Y, feliz músico, incansable,
For ever piping songs for ever new;
siempre con melodías siempre nuevas.
More happy love! more happy, happy love!
¡Amor más feliz! ¡Más feliz, feliz amor!
For ever warm and still to be enjoy'd,
Siempre cálido y siempre por gozar,
For ever panting, and for ever young;
siempre jadeante y siempre joven;
All breathing human passion far above,
muy por encima del resuello de toda humana pasión,
That leaves a heart high-sorrowful and cloy'd,
que deja al corazón en gran tristeza y hastío,
A burning forehead, and a parching tongue.
una frente ardiente, y una lengua seca.
Who are these coming to the sacrifice?
¿Quiénes son los que se dirigen al sacrificio?



*To what green altar, O mysterious priest,
¿A qué verde altar, oh misterioso sacerdote,
Lead'st thou that heifer lowing at the skies,
conduces esta novilla que muge al cielo
And all her silken flanks with garlands drest?
con guirnaldas vestidos sus lomos sedosos?
What little town by river or sea shore,
¿Qué pueblecillo junto al río o junto a la playa del mar,
Or mountain-built with peaceful citadel,
o construido en la montaña con pacífica ciudadela
Is emptied of this folk, this pious morn?
está vacía de su gente, esta mañana piadosa?
And, little town, thy streets for evermore
Y, pequeño pueblo, tus calles para siempre
Will silent be; and not a soul to tell
permanecerán en silencio, y ningún alma que diga
Why thou art desolate, can e'er return.
por qué estás desierto, nunca volverá.
O Attic shape! Fair attitude! with brede
¡Oh forma ática! ¡Bello gesto!, con hierbas
Of marble men and maidens overwrought,
de mármol que profusamente llevan hombres y doncellas
With forest branches and the trodden weed;
con ramas de los bosques y la hierba pisada.
Thou, silent form, dost tease us out of thought
Tú, forma silenciosa, que desenredas nuestro pensamiento*

As doth eternity: Cold Pastoral!

como lo hace la eternidad: ¡Fría égloga!

When old age shall this generation waste,

Cuando la vejez consuma esta generación,

Thou shalt remain, in midst of other woe

tú permanecerás, entre otros lamentos,

Than ours, a friend to man, to whom thou say'st,

ya no los nuestros, amigo del hombre, a quien tú dices

"Beauty is truth, truth beauty,—that is all

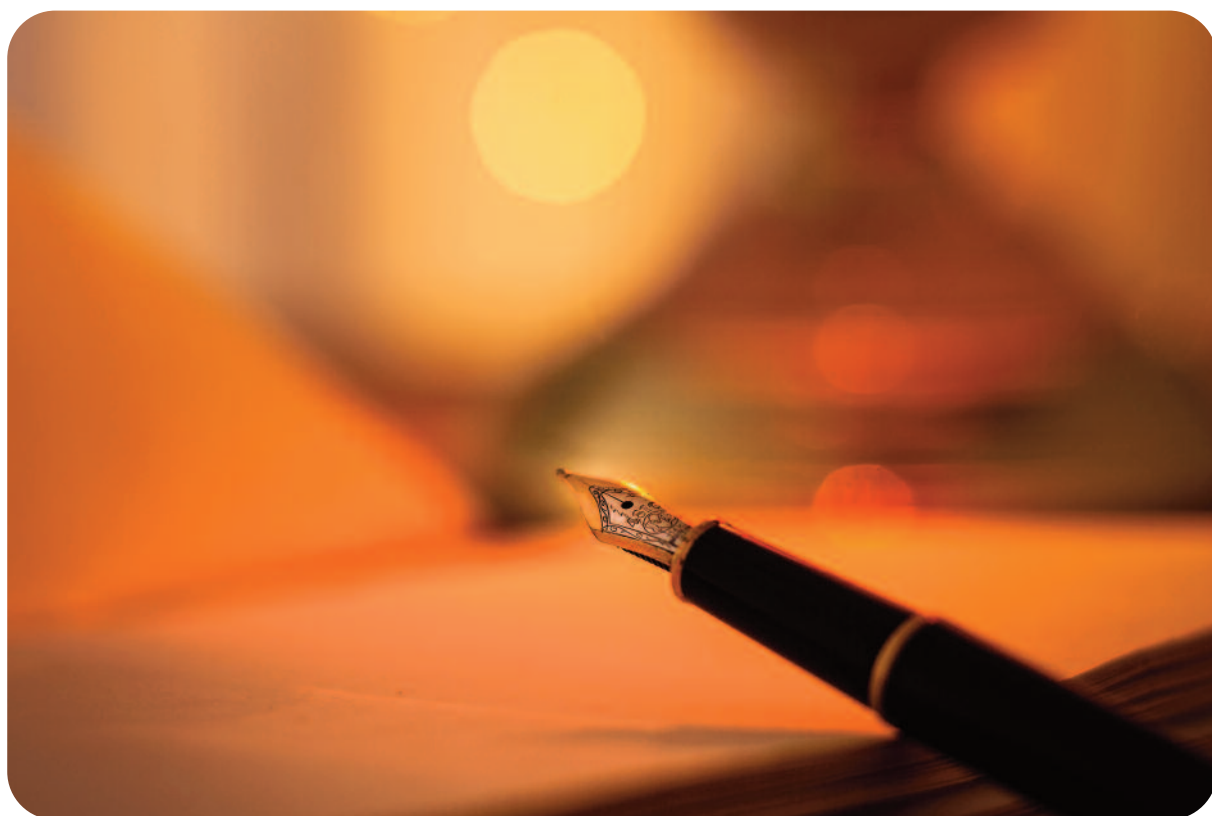
«Belleza es verdad, verdad belleza: esto es todo

Ye know on earth, and all ye need to know".

lo que sabes sobre la tierra, y todo lo que necesitas saber».

Este bello y famoso poema de John Keats (1795-1821) es toda una lección de cómo el arte eterniza la vida. Crea una imagen perenne en el tiempo. La verdad se cristaliza en belleza, la belleza irradia y abre las puertas a la verdad según Platón repite en sus obras. Y esta belleza no experimenta la decadencia ni la muerte (por lo menos, en comparación con el tiempo de vida de una persona). Es evidente que la extrema sensibilidad poética de este autor captó uno de los misterios de la estética, que debe, «como la eternidad, desenredar nuestro pensamiento», deshacer su nudo, o su maraña, para que en ese orden y transparencia, entre la luz de lo bello hasta lo más íntimo del santuario del corazón. «Ella no puede desvanecerse, aunque tú no encuentres la dicha, / porque siempre la amarás y no perderá su belleza».

La película *Bright Star*, de Jane Campion, del 2009, está basada en la vida del poeta y en las cartas de amor a su amada Fanny, con quien inicialmente no quiso estrechar





lazos, por su futuro económicamente neblinoso, y por no querer perder su libertad, y por su entrega total a la poesía, lo que le hizo decir, en una de estas cartas, escrita a su hermano George en 1818:

«A pesar de su felicidad y su recomendación, espero no casarme nunca. Aunque me estuviera esperando la más bella criatura al final de una jornada o caminata; aunque la alfombra fuera de seda, las cortinas de nubes de la mañana; las sillas y el sofá llenas de las plumas de cygnet; la comida maná, el vino mejor que el Claret, la ventana que se abre sobre el lago Winander, yo no debería sentirlo, o mejor, mi felicidad no sería tan buena, pues mi soledad es sublime. Así, en vez de lo que describí, hay una sublimidad que me recibe en casa. El rugido del viento es mi esposa, y las estrellas a través de los cristales son mis hijos».

Mejor no decir «de esta agua nunca beberé».

Finalmente, el destino y el amor fueron más poderosos que sus deseos, y quedó rendidamente enamorado de Fanny, en uno de los dramas más tristes de la historia, cual Romeo y Julieta, según describen muy bien las cartas que se intercambiaron y el proceso de enfermedad tan devastador que quizás la presencia de su amada hubiera evitado. Un joven pintor, Joseph Severn, lo cuidó aquellos últimos meses, en Roma, y sus páginas escritas narran una historia pavorosa² según leemos en la Antología de cartas en Alianza Editorial, y traducido por Ángel Rupérez.

Qué mejor que darnos lecciones de estética aquel que, además de filósofo por vocación de alma, sea artista, o sea, creador; y de poética, quien, es enamorado e hijo de las musas Erato, la poesía amorosa, Calíope, la heroica, y Polimnia, de los himnos sagrados.

² Ver en la *Antología de cartas*, editada por Alianza Editorial.

Veamos, precisamente en esta obra, algunas enseñanzas fundamentales.

Desde luego, su alma es de las delicadas, de las que con dificultad se adecúan a este mundo, en el que, como decían los filósofos y poetas aztecas, parece que corre un viento cortante como cuchillos de obsidiana. El alma que no siente apenas contraste con el mundo es un alma de barro, o es que ya ha construido una fortaleza mental que la hace inexpugnable. Vemos esto en el joven poeta cuando dice:

«Mi situación en este mundo de dudas y de fantasías es de absoluta perplejidad. Nada permanece estable en este mundo; su única música es la de los tumultos»³.

Y debe quedar claro que la piedra angular de la estética es el manantial de bondad que brota del corazón humano y lo hace sensible a la belleza. Como decían los filósofos, la base de la estética es siempre la ética:

«Los hombres mejores poseen una dosis del bien, una especie de espiritual levadura en su constitución que crea el fermento de la existencia por el que un hombre es impulsado a actuar y luchar y hacer frente a las circunstancias»⁴.

Nos recuerda también no hacer moneda falsa de la poesía, haciendo que circule a la fuerza, imponiéndosela a los otros, quieran o no. Los versos que irradian belleza son como las estrellas, «que atraen las miradas» o como la piedra del imán, en que el metal se ve naturalmente seducido. No hay que martillar la cabeza a nadie con nuestras creaciones, y menos el corazón.

«Todos hacemos nuestras especulaciones pero no todos les damos mil vueltas y nos pavoneamos de ellas hasta convertirlas en moneda falsa, engañándonos a nosotros mismos. Todos podemos viajar hasta las mismísimas fronteras del cielo y, sin embargo, necesitamos confianza para poner por escrito todo lo que allí hemos visto. Sancho, como



3 *Idem*, 1818, carta a sus hermanos Tom y George.

4 *Idem*, 1818, carta a Benjamín Bailey.



cualquiera, también acabará inventando su particular viaje hacia el cielo. Odiamos la poesía que se nos impone con su diseño palpable (...) La poesía debería ser grande y discreta, algo que penetra en nuestra alma y que no la sorprende o sobrecoge por sí misma sino por su tema. ¡Qué maravillosas son las flores solitarias! ¡Qué pronto perderían su belleza si se agolparan en el camino gritando: “¡admiradme, soy una violeta! ¡Adoradme, soy una primula!”».

El camino interior que forja a un poeta o a un filósofo es de intimidad con su alma, de familiaridad casi «carnal» con las ideas. Solo ahí pueden prender el fuego del entusiasmo, como le sucede a Alonso Quijano, que despierta como Don Quijote. La estética se basa en un desnudar el alma, en dejar lo que es de ella, o sea, lo esencial, para así sumergirse en el alma de todo lo que le hará ser traspasada por los rayos de la belleza.

«Se⁵ me ocurre pensar que un hombre podría pasar una muy agradable vida de la siguiente manera: darle a leer cierto día una página de plena poesía o de depurada prosa y dejar que vague con ella, y medite sobre ella, y reflexione sobre ella, y vuelva a casa con ella, y profetice sobre ella, y sueñe con ella hasta que acabe desgastándose. Pero ¿cuándo lo hará? Nunca. Cuando un hombre ha llegado a cierta madurez intelectual, cualquier pasaje magnífico y espiritual le sirve como un punto de partida hacia “los dos-y-treinta palacios” [del budismo]».

Y el arte no está hecho para el gusto personal y la satisfacción de los otros:

«Los honores⁶ con que unos hombres recompensan a otros son nimiedades en comparación con el beneficio que las grandes obras proporcionan al espíritu y latido del bien».

⁵ *Idem*. 1818, Carta a J.H.Reynold.

⁶ *Idem*, misma carta.



A veces define con claridad su poética:

«En poesía⁷ tengo pocos axiomas y verás qué lejos me encuentro de su centro. En primer lugar, pienso que la poesía debería sorprender por un refinado exceso y no por su singularidad; debería impresionar al lector al ver sus propios y más altos pensamientos convertidos en palabras, casi como si se tratara de una remembranza. En segundo lugar, sus toques de belleza nunca deberían quedarse a medio camino, y por ello, dejar al lector sin aliento en vez de lleno de contento. El aumento, el progreso, el marco de las imágenes deberían llegar a él de una manera natural, como lo hace el sol, brillar sobre él y ponerse sobriamente, aunque con magnificencia, dejándole en medio del lujo del crepúsculo. Pero es más fácil pensar lo que debiera ser la poesía que escribirla, y esto me lleva a otro axioma. Que si la poesía no llega a ser natural como las hojas a un árbol es mejor que no llegue nunca».

John Keats se nos muestra como un verdadero filósofo, aunque al final convierta las ideas en versos:

«Encuentro⁸ que no puedo disfrutar en el mundo sin beber sin cesar conocimiento. Sostengo que no hay mejor propósito que la idea de hacer algo bueno para el mundo: algunos lo hacen con su sociedad, algunos con su ingenio, algunos con su benevolencia, algunos con una suerte de poder conferir placer y buen humor a todos aquellos con los que se encuentran y, de miles de maneras, todos en igual medida están en deuda con los mandatos de la Gran Naturaleza. Solo hay un camino para mí, el que se va abriendo paso gracias a la aplicación, al estudio y el pensamiento».

⁷ *Idem*. 1818, Carta a John Taylor.

⁸ *Idem*. 1818, Carta a John Taylor.

De ahí que en la estética, las sensaciones, con su poder de evocación, tengan que estar arrancadas del mar de la materia con las alas del pensamiento:

«La diferencia⁹ entre las profundas sensaciones con o sin conocimiento me parece a mí que es la siguiente: en el caso de las segundas, nos precipitamos continuamente a miles de brazas de profundidad y nos empujan de nuevo a volar sin alas y con todo el horror de una criatura con los hombros desnudos. En el caso de las primeras, nuestros hombros tienen alas, y volamos por el mismo aire y espacio sin miedo. Así se dirige el equipo de uno para conseguir un beneficio abstracto».

Pero no basta la razón, es necesario la vivencia:

«Pues los axiomas¹⁰ en filosofía no son axiomas hasta que no son corroborados por nuestras pulsaciones. Leemos cosas espléndidas pero nunca las sentimos plenamente hasta que no damos los mismos pasos que ha dado el autor».

Y desde luego, la poesía genera sus propios ritmos, se expande en ellos, pero no es su esclava, no puede ser sometida simplemente porque se dispone de una «tabla rítmica»:

«El genio¹¹ de la poesía debe elaborar su propia salvación en un hombre: no puede madurar ni con la ley ni con el precepto, sino con la sensación y la contemplación. Lo que es creativo debe crear por sí mismo. En Endimión, me tiré de cabeza al mar, y de ese modo me he acabado familiarizando con los sonidos, la arena y las rocas, mucho más que si hubiera permanecido en la verde orilla y hubiera tocado un estúpido caramillo, y hubiera tomado el té y recibido confortables consejos. Nunca he tenido miedo al fracaso; pues antes preferiría fracasar que no estar entre los más grandes».

Y como dice la poetisa Florbela Espanca, por qué aspirar al amor y belleza de un mortal, si quien espera es el amor y la belleza de un dios:



9 *Idem*. 1818. Carta a John Reynolds.

10 *Idem*.

11 *Idem*. 1818. Carta a J. A. Hessey.

«La poderosa¹² y abstracta idea que tengo de la belleza en todas las cosas sofoca la más fragmentada y diminuta felicidad doméstica. Considero que una amable esposa y unos dulces hijos son parte de la belleza, pero necesito tener miles de esas maravillosas partículas para llenar mi corazón. Siento más y más cada día, a medida que mi imaginación se fortalece, de tal modo que no vivo solo en este mundo sino en miles de mundos. Tan pronto quedo solo, formas de épica grandeza se estacionan a mi alrededor».

Allá va el alma, en su cabalgada heroica, como las valquirias siguiendo el rastro de fuego eléctrico y la tormenta de Wotan, pues han sido los dioses mismos quienes han otorgado ese fuego que permite pensar, idear, soñar, imaginar, crear, aspirar y volar hacia la belleza y la verdad, en medio a veces, como vemos en la vida de Keats, de los más grandes sufrimientos. Han sido los dioses quienes le han otorgado al ser humano esa electricidad de la que el poeta dice:

«Hay¹³ un fuego eléctrico en la naturaleza humana que tiende a la purificación, por lo que siempre hay entre las criaturas humanas continuos nacimientos de nuevos heroísmos».

Imágenes:

Cuaderno de poesía: Adriano Gadini en Pixabay

Atardecer: Arek Socha en Pixabay

Pluma: Christine Sponchia en Pixabay

Paisaje de espigas: Mary Castro en Pixabay

Libro: Antonios Ntoumas en Pixabay

Flor: Gernot en Pixabay

Libro-campo: Roland Mey en Pixabay

Otoño: baouzoumuyang en Pixabay



12 *Idem*. 1818. Carta a George y Geogiana Keats.

13 *Idem*. 1819. Carta a George y Georgiana Keats.

LA amistad FILOSÓFICA

Esmeralda Merino

Dice Emilio Lledó que lo clásico es enriquecedor en cualquier época y útil en la gestión de nuestras dudas y de nuestra necesidad de entender. Ciertamente, en los clásicos podemos encontrar casi todo, incluido el interés por la amistad que también nos concierne a los modernos, y que nos atrae, en palabras de Lledó, por la magia del asombro. La admiración nos lleva hacia aquellos que encarnan lo que *no somos* pero nos gustaría ser.

Ya Montaigne decía que «el último extremo de la perfección en las relaciones que ligan a los humanos reside en la amistad; por lo general, todas las simpatías que el amor, el interés y la necesidad privada o pública forjan y sostienen son tanto menos generosas, tanto menos amistades, cuanto que se unen a ellas otros fines distintos a los de la amistad, considerada en sí misma».

Qué es y qué no es la amistad

Todos hemos utilizado las palabras *amigo* o *amistad* en numerosas ocasiones y contextos, no siempre con el mismo significado. En esta ocasión, vamos a ceñirnos a un tipo de amistad muy específico, a la amistad de la buena, a la de verdad, a la de mejor calidad.

Podemos llamarla amistad filosófica, porque es la que cuadra más con la aspiración de descubrir las cosas importantes de la vida, aquellas que nos pueden hacer evolucionar como humanos mientras vivimos en este lado de la vida. No somos los primeros en notar que ni todos los amigos ni todos los conceptos de amistad tienen el mismo valor. Platón, Aristóteles, Cicerón, Emilio Lledó, Alfonso López Quintás o Delia Steinberg son algunos de los filósofos de diferentes épocas que han considerado la verdadera amistad como algo lo suficientemente importante en el crecimiento humano como para valorarla y acotar claramente lo que es y lo que no es.

Decía Ortega y Gasset que «el arte supremo será el que haga de la vida misma un arte. Deleitosa es la pintura o la música, pero ¿qué son ambas, emparejadas con una amistad delicadamente cincelada, con un amor pulido y perfecto?».

La amistad es una relación anhelada por la mayoría como algo deseable y útil (¿quién no quiere tener un amigo?), pero, además, en su mejor versión, es provechosa para nuestro progreso como humanos perfectibles, y puede incidir en nuestra visión del mundo y en el conocimiento de nosotros mismos.

La verdadera amistad, como señala Delia Steinberg, no es amiguismo, no es mantener una relación interesada por los beneficios personales que se puedan obtener, cosa que también advertía Aristóteles. El amigo no es aquel que nos sirve solo para matar la soledad, o un compañero de diversión, o alguien a quien recurrir en momentos de apuro para pedirle ayuda.

La amistad filosófica requiere unas condiciones poco frecuentes en el mundo en que vivimos, tan degradado moralmente, pero precisamente ahí estriba su importancia, en su capacidad para encauzar o mejorar moralmente a los que se amistan, y por ello los filósofos de todos los tiempos le dieron una importancia vital suficiente como para aspirar a ella. No es espontánea ni eterna por sí misma. Pero es natural y duradera si se pone el suficiente empeño. Los compañeros hacen cosas juntos: estudiar, pintar o trabajar, pero los amigos comparten una labor inmaterial, colaboran y se acompañan en un tipo de viaje diferente.

La amistad como sinergia

Como señala Alfonso López Quintás, los amigos surgen del trato afable, colaborador, leal y generoso, y se convierten el uno para el otro en algo único en el mundo, tal como





enseñó el zorro al Principito en la inmortal obra de Saint-Exupéry, cuando le hizo ver que la rosa que tanto cuidó en su asteroide se había convertido para él en un ser singular, único, a pesar de que en la Tierra hubiera encontrado miles de rosas iguales.

La sinergia es la magia de la amistad. López Quintás explica que una amistad verdadera aparece cuando dos personas integran sus ámbitos de vida: se entremezclan dos realidades y se crea otra nueva llena de valor. La amistad genera situaciones y cualidades humanas mejores y más provechosas que las alcanzables mediante la acción individual de cada amigo, apareciendo algo más valioso que no existía previamente.

La verdadera amistad filosófica da sus frutos cuando los amigos entienden la vida como una escuela. Los resultados de dicha relación superan las expectativas de los amigos, y conocemos varios casos transmitidos por los protagonistas.

Teilhard de Chardin (paleontólogo jesuita y filósofo del siglo XX) y Édouard le Roy (matemático, filósofo y teólogo) mantuvieron correspondencia durante veinticinco años. Entre ellos cristalizó una amistad que enriqueció el pensamiento de Teilhard y la creatividad de Le Roy. Ambos reconocen esta simbiosis, surgida de la preocupación común por encontrar respuestas en la ciencia y la filosofía sobre el papel del ser humano en el universo y su evolución, lo que les planteaba individualmente a cada uno conflictos existenciales. Confiesa Teilhard que sus encuentros semanales se convirtieron en los mejores «ejercicios espirituales», de los cuales salía siempre más sereno.

Cicerón escribe su tratado sobre la amistad a partir de su propia experiencia con su amigo Escipión el Africano. El romano llega más lejos porque, después de aclarar que comparte con los antiguos la idea de que el alma no muere con el cuerpo, afirma que lamentarse por la muerte del amigo es más propio de un envidioso que de un amigo. De Escipión le queda el recuerdo de su amistad, que define como el más profundo entendimiento de objetivos, esfuerzos y opiniones, y ese recuerdo es un modelo que le inspira y al que aspira.



Montaigne, filósofo y escritor del siglo XVI, escribe sobre su amistad con La Boétie (filósofo y magistrado): «En la amistad de la que yo hablo, las almas se enlazan y confunden la una con la otra en una mezcla tan universal que no hay manera de reconocer la costura que las une».

Indro Montanelli recoge el caso del pitagórico Fincias, que fue condenado a muerte por el tirano Dionisio, y cuando le pidió un día para salir de la ciudad y ordenar sus asuntos, Dionisio aceptó si dejaba como rehén a su amigo Damón. Este se presentó confiadamente y Fincias regresó a tiempo. Conmovero, Dionisio conmutó su pena por una petición de que le aceptaran como amigo a él también.

Miguel Hernández plasmó en unos sentidos versos el dolor por la muerte de su amigo Ramón Sijé, a quien dedicó una elegía en la que expresa que «por doler, me duele hasta el aliento». Con la extraordinaria metáfora de «temprano madrugó la madrugada» nos transmite su dolor, puesto que «siento más tu muerte que mi vida». Y se despide llamando a su amigo «compañero del alma».

La verdadera amistad

La amistad no debe ser lastre sino propulsión; no estorbo sino ayuda; no olvido sino memoria de lo que importa; no palo en la rueda sino bastón de apoyo del peregrino que tiene una meta, que sabe adónde se dirige, aunque a veces no conozca el camino exacto.

Confucio decía que el único motivo que permite trabar una verdadera amistad es la búsqueda de las virtudes y el mutuo perfeccionamiento.

«La virtud es la que forma las amistades y las conserva. En ella, en efecto, encontramos la armonía, la estabilidad y la constancia del alma. La virtud, cuando manifiesta y

difunde su luz y en ese proceso descubre y reconoce el mismo brillo en otra persona, se acerca a esta para iluminarla y recibir a su vez la luz que percibe en el otro, y así se enciende entre los dos el amor o la amistad» (Cicerón).

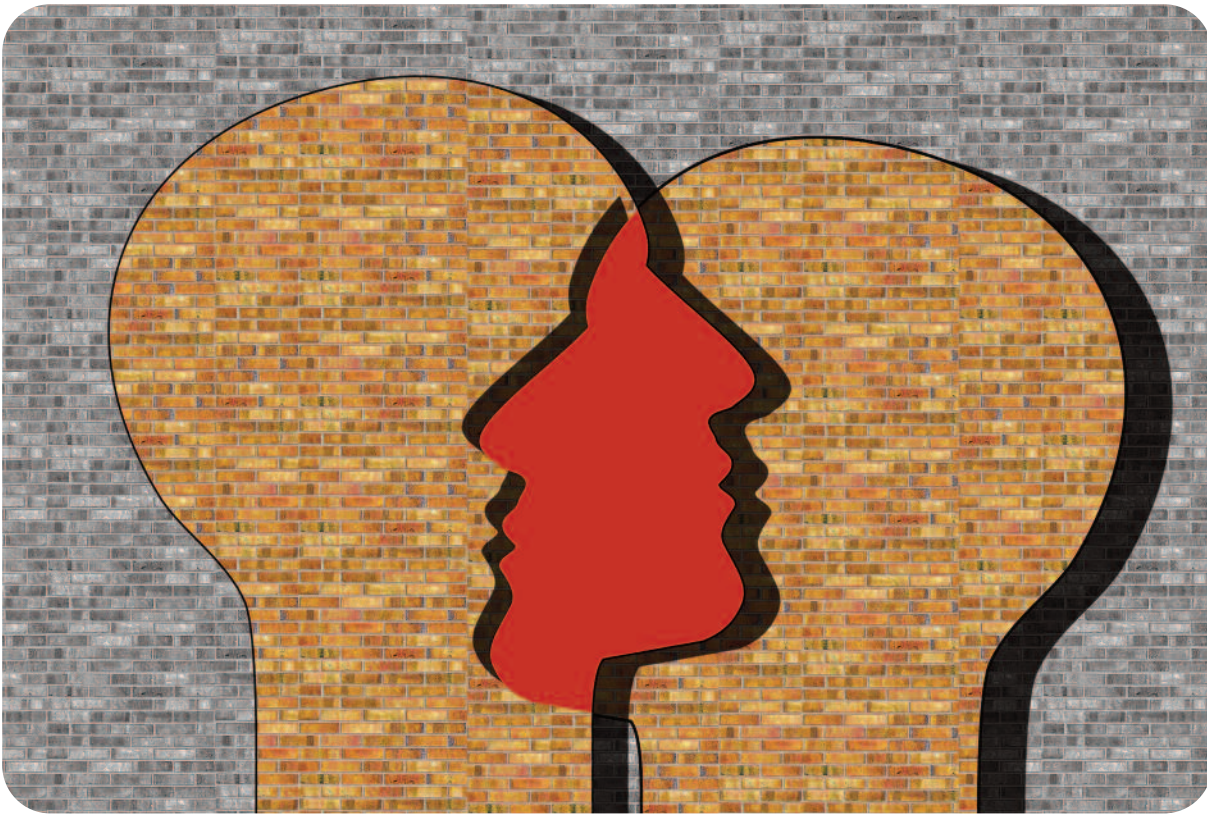
Aristóteles, en su *Ética a Nicómaco*, distingue entre la amistad que solo busca el propio provecho, la que obra siguiendo el propio gusto y la amistad perfecta, que es la que se da entre los hombres buenos e iguales en virtud, pues por el hecho de ser buenos quieren el bien el uno del otro. Aristóteles defiende como meta para el ser humano una vida buena, con acciones bellas y virtuosas guiadas por la razón. Es esta, por tanto, la amistad más permanente y también la más infrecuente por la calidad de los amigos.

En el diálogo platónico *Lisis*, Sócrates dice que la amistad descansa en el amor y se regula por la virtud. Concluye que la amistad tiene como meta la perfección de la naturaleza humana en cada uno de los amigos que participan de esa amistad. Pero, según la visión platónica, «lo bueno» es «lo que es», no manifiesta carencia de nada, del mismo modo que la salud «es», mientras que la enfermedad es *carencia* de salud. Por lo tanto, esta amistad superior, para Platón, no es solo «un tipo» de amistad, sino que no se puede llamar amistad a otra cosa que no sea eso. Los buenos quieren a los amigos en su ser «ideal», en su ser «absuelto» de lo meramente real y les ayudan y son ayudados a acercarse a ese ideal.

La amistad como conocimiento de uno mismo

La amistad implica una convergencia de planteamientos ideales en ideas y sentimientos, y permite la fecundación mutua de dos pensamientos. Propicia un crecimiento moral que es facilitado por las acciones conjuntas, a las que ordena. Por eso la persona está en la misma relación respecto al amigo que consigo mismo. Este es el origen de la idea





de que el amigo es «otro yo», que encontramos en filósofos tan separados en el tiempo como Aristóteles, Cicerón o Emilio Lledó. Dice el Estagirita que el que mira a un amigo verá quién es y cómo es, y dado que conocerse a uno mismo es uno de los empeños de los antiguos sabios, el amigo será tal como si fuera «otro yo».

Montaigne relata de su amigo que «no solo conocía yo su alma tanto como la mía propia, sino que desde luego habría estado más dispuesto a confiarle mis intereses a él que a mí mismo». Y tras su muerte dice que «me encontraba yo tan hecho, tan acostumbrado a ser siempre su doble en todas las cosas y lugares, que ahora no me considero más que la mitad de mí mismo».

Delia Steinberg, por su parte, afirma que la amistad filosófica entraña un amor al conocimiento del uno al otro, previo paso por el conocimiento de uno mismo.

El hombre virtuoso dirige su conducta por el honor, la integridad de ánimo y la bondad de vida, y reflexiona sobre sus motivaciones y actos, lo que le lleva a dedicarse a sí mismo cierta actividad: es un observador de sí mismo que evalúa moralmente sus acciones. Esto, lejos de ser egoísmo, sirve para su mejoramiento. Lo mismo se puede aplicar a la actitud de un amigo respecto a otro. Por eso es como «otro yo» que colabora en ese ejercicio de evaluación y mejoramiento. El hombre bueno, en ese sentido, debe amarse a sí mismo, porque debe construirse hacia lo mejor, y esto le convierte en útil para sí mismo y para los demás. La amistad superior, por tanto, constituye una posibilidad de perfeccionamiento, y el amigo se convierte a la vez en un espejo y en un estímulo para dicho cometido.

La unión es siempre por arriba; por eso es duradera, por eso es cierta y enriquece a las dos partes. Ha de haber unas prioridades básicas en la vida que coincidan en lo ideal, en lo que está bien o mal, lo que requiere clarificar primero las propias motivaciones y

los propios anhelos del alma. Los amigos buenos son los que demuestran con su comportamiento rectitud, honestidad y justicia, actuando según la naturaleza, que es la mejor maestra del bien vivir. Se ayuda al amigo a que no pierda su rumbo, y se admite la ayuda del amigo cuando señala que nos desviamos del camino.

Algunas cualidades que potencia

La amistad requiere voluntad, esfuerzo y constancia de ambas partes para que se materialice. Implica un deseo permanente de enriquecimiento mutuo, de oferta de posibilidades.

Es interesante comprender que cualquier tipo de afecto humano, la amistad entre ellos, es un acto de voluntad, requiere una decisión individual, implica una elección y deriva en un compromiso para cumplir lo que ese afecto conlleva.

Cicerón nos recuerda que no podemos erradicar de la vida la amistad solo para evitar las incomodidades que acarrea, «pues sin preocupación no hay tampoco virtud, que a la fuerza tiene que soportar molestias para rechazar y aborrecer los vicios: la bondad se opone a la malicia, la templanza al desenfreno, la fortaleza a la cobardía». La naturaleza nos ha concedido la amistad como apoyo de la virtud, no como cómplice del vicio.

Otra peculiaridad interesante de la amistad es su carácter dinámico y creativo, ya que hace nacer otras cualidades valiosas y las entrena mientras se «ejerce» esa amistad, convirtiéndose así en un método de perfección. Dice Lledó: «Somos lo que hemos ido siendo y, en este ser *discurrido* en el tiempo, alcanzamos a ser lo que somos». Varias son estas cualidades: sinceridad, generosidad (pues no hacemos favores para que nos den las gracias ya que no son un negocio), amor desinteresado, respeto, fidelidad, confianza, paciencia o constancia.





Esta práctica de la amistad facilita la reflexión sobre estas mismas virtudes: ¿qué es lo que hace que alguien sienta confianza hacia otra persona o la inspire a otros? El fundamento principal radica en la integridad de vida, en la autenticidad, en la congruencia, en ser lo que soy y debo ser.

La reciprocidad es también propia de la amistad. Pero hay que tener presente la advertencia de Cicerón: «La primera ley en la amistad es esta: no pedir cosas vergonzosas, ni hacerlas cuando nos las piden». No tenemos derecho a exigir en nombre de la amistad algo innoble ni a hacerlo. Al contrario, hemos de ser capaces de dar consejos con franqueza para corregir con sencillez y firmeza cuando la ocasión lo exija.

Es la sinceridad y el amor a la verdad uno de los pilares de la amistad, tal como señalan de forma unánime los filósofos que tratan el tema, pero también uno de los más difíciles de mantener sin deformarlo. La verdad, dice Lledó, necesita de la experiencia y el compromiso del decir. Hay que estar, en cierta manera, allí donde decimos. En la amistad verdadera no hay engaños ni simulaciones, todo en ella es auténtico y sincero. «No existe, pues, amistad verdadera cuando uno no quiere que se le diga la verdad y el otro está dispuesto a mentir».

Esto convierte la adulación en la peor amenaza. Los que siempre halagan y dan la razón definen el vicio de los hombres frívolos y tramposos que solo buscan agradar con sus palabras. Dice Plutarco: «No necesito amigos que cambien cuando yo cambio y asientan cuando yo asiento. Mi sombra lo hace mucho mejor». La sinceridad es hablar sin rodeos y con confianza, así como disentir sin hipocresía.

Por último, una reflexión sobre la libertad. El ser humano goza de una característica única entre todos los seres de la naturaleza: el libre albedrío. Por eso es responsable de sus actos y de las conductas que elige. La amistad le da la posibilidad de escoger

libremente el nivel de sus relaciones con los demás y asumir las que le impulsan y a la vez le exigen un esfuerzo por mejorar como ser humano. Es esta una aportación exclusiva de la amistad verdadera, una oportunidad que no se presenta en circunstancias vulgares, porque previamente hay que dar un paso personal para subir un escalón. Y la libertad de hacerlo está en nosotros. «La posibilidad es —dice Lledó— un importante concepto filosófico (...) y se presenta como un horizonte franqueable, un camino transitable. (...) Cada existencia es un empeño, una aventura, una improvisación, un azar, un proyecto, un deseo». Y añade: «tan importante como afirmar el concepto de libertad, es ponerla en práctica. La libertad se convierte, así, en *liberación*».

«La amistad es una sonrisa constante, una mano siempre abierta, una mirada de comprensión, un apoyo seguro, una fidelidad que no falla. Es dar más que recibir; es generosidad y autenticidad. Es un tesoro que vale la pena buscar y, una vez encontrado, mantener para toda la vida» (Delia Steinberg).

Bibliografía

De la amistad. Michel de Montaigne. Taurus, 2014.

Sobre la amistad. Marco Tulio Cicerón. Alianza Editorial, 2013.

Identidad y amistad. Emilio Lledó. Tauros, 2022.

Filosofía para vivir. Delia Steinberg Guzmán. Editorial NA, 2005.

El secreto de una amistad verdadera. Alfonso López Quintás. Instituto López Quintás.

Imágenes

Ilustración fondo: Gerd Altmann en Pixabay

Ventana: Anindita Erina Khalil en Pixabay

Rosa: Erika Varga en Pixabay

Engranaje: Gerd Altmann en Pixabay

Ajedrez: Pexels en Pixabay

Ilustración dos caras: Gerd Altmann en Pixabay

Niños: Julia Sezemova en Pixabay

Jóvenes amigos: Dim Hou en Pixabay





PICO DELLA MIRANDOLA, paradigma del hombre moderno

Roberto Gallén Soriano

Presentación

Soy Giovanni Pico della Mirandola, la historia me cita como varón de ingenio prodigioso y *usque ad miráculum*, consumadamente perfecto en todas las ciencias, artes y lenguas, pero yo me considero un filósofo que con recta razón discierne.

Mi vida, aunque breve, fue bañada por el entusiasmo, por un fuego abrasador que me llevó a buscar allá donde el conocimiento se encontrase. Recuerdo agradecido a todos mis mentores, que me aportaron enseñanzas y fueron fuente de inspiración para modelar mi espíritu y convertirlo en el depositario de sus ciencias y sabiduría.

Podría hablaros de las minuciosas investigaciones eclécticas que manuscibí en mis tesis y su preámbulo, *Oratio de hominis dignitate* («Discurso sobre la dignidad del hombre»), redactado con la esperanza de erradicar la oscuridad mental con la dialéctica, refrenar con la ciencia moral el ímpetu de las pasiones, purificar el alma y limpiar el corazón de vicios y rasgos inmorales para acceder a la perfección y que volviera a brillar *το τηειον* [*to theion*], esto es, «lo divino», emblema característico de los platónicos.

«Movido por esta razón, he querido presentar las conclusiones, no de una sola doctrina (como hubiera agradado a algunos) sino de todas, de modo que, de la confrontación de muchas escuelas y de la discusión de múltiples filosofías, ese “fulgor de la verdad” del que habla Platón en las *Cartas*, resplandezca en nuestras almas más claramente como sol naciente desde el cielo».

Por tanto, pido a Baco, el señor de las musas, que trate de inspirar estas palabras y me permitan ser su digno heraldo.

Las novecientas tesis

Esta introducción podría asemejarse a alguno de los discursos que Pico tuvo la audacia de proponer en el gran «concilio filosófico internacional», donde debería haberse debatido sobre los misterios más altos de la teología cristiana y las doctrinas más profundas de la filosofía. Esto acontece en la Roma de 1486, cuando della Mirandola, con tan solo veinticuatro años, expuso en un cartel sus 900 tesis cabalistas, comprometiéndose a defenderlas en presencia de cuantos eruditos europeos quisieran acudir a la Ciudad Eterna, prometiéndoles de antemano costearles los gastos del viaje.

El contenido de la disputa pretendía ser una recopilación exhaustiva de todos los conocimientos habidos hasta el momento, y, aunque solamente fueron impugnadas trece proposiciones de novecientos escritos, el papa Inocencio VIII suspendió la disputa con el documento *Cum ex iniuncto nobis*, y creó una comisión pontificia al vincularlas con la magia cabalística y ser «sospechosas de herejía», a lo que Pico respondió con una apología en defensa de sus tesis «condenadas» que obligó al papa a prohibirlas todas.

Pico tuvo que huir a Francia, donde fue detenido y encarcelado en la cárcel de Vincennes como hereje en 1488. Perdonado y liberado por Carlos VIII, por intercesión de Lorenzo de Médicis, volvió a Florencia y colaboró en la Academia Florentina con Ficino.

La historia volvía a repetirse y la implacable «maquinaria» de la Inquisición se ponía en marcha nuevamente para ejecutar su autoridad ante los librepensadores. Su razón de ser era salvaguardar la doctrina y, por ello, no permitía que se expusieran argumentos racionales en contra del poder eclesiástico y estatal autoritarios, pues la única verdad para esta época seguía siendo la religiosa. Pero algo empezaba a agrietarse en esta ya caduca Edad Media, pues la filosofía y la ciencia iban desprendiéndose de la teología de la Iglesia, de manera que, piedra a piedra, se estaba construyendo un nuevo florecer de la humanidad mediante importantes transformaciones entre los siglos XV y XVI.



En esta espiral histórica nació Giovanni Pico un 24 de febrero de 1463 en el castillo de Mirándola, muriendo a la temprana edad de treinta y un años. Pero esta prematura muerte no le impidió vivir con apasionada intensidad, alternando alegrías y decepciones, amores y desamores, momentos de exaltación y de serenidad. Ya era consciente de que ni las calumnias ni los dardos malignos de los enemigos podrían hacerle callar, pues gracias al estudio de la filosofía se atrevió a dialogar con su propia conciencia y a no depender de los juicios de otras personas, sino a estar atento por sí mismo para no sucumbir a la maldad.

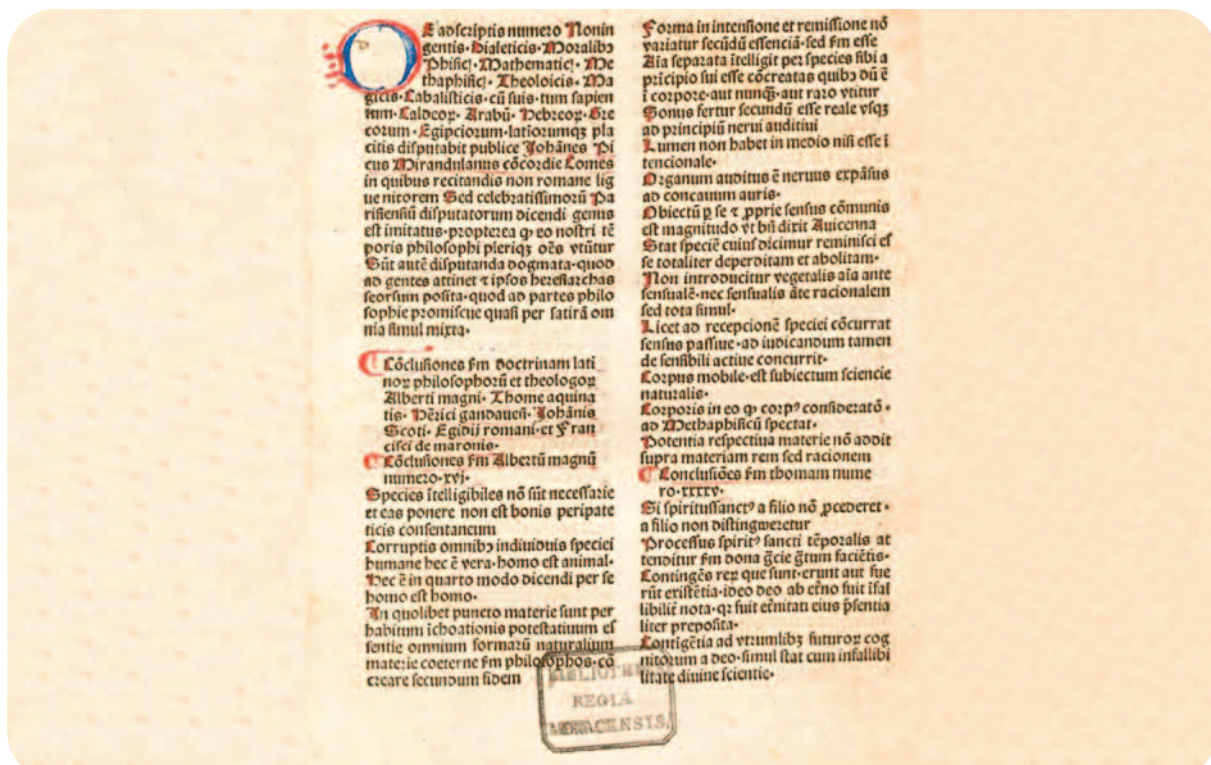
Imbuido de este espíritu humanista, ya vislumbró que los momentos históricos no solo se modificaban en los manuscritos, sino que se precisaba de la audacia e inteligencia para poder tender un puente entre la Edad Media y la Edad Moderna.

Esta incipiente «ingeniería filosófica» fue transportada desde la Italia de la segunda mitad del s. XIV a toda Europa, al manifestarse una nueva concepción del mundo, de la vida y del ser humano. Se avecinaba un cambio frente al pensamiento medieval, que se interpretó como un «renacimiento», un retorno al principio del antiguo espíritu clásico que ya se había perdido.

La profesora Delia Steinberg nos aporta una magnífica síntesis de este florecimiento que supuso este Renacimiento en todos los campos de la filosofía, el arte y la ciencia.

«Se vuelve a fundamentar en la esencia de las civilizaciones clásicas, especialmente la griega y la romana, pero sin repetir esquemas anteriores.

El pensamiento se desarrolla bajo nuevas perspectivas, dejando de lado dogmas esclavizadores, y abriéndose a nuevos descubrimientos o tal vez, “redescubrimientos”. Hay un acercamiento a la naturaleza con una necesidad imperiosa de comprender sus leyes y de sentirse parte de la totalidad del universo. El ser humano se siente más libre y, al mismo tiempo, comprende mejor su imbricación en el cosmos.





También la historia adquiere gran importancia. Ya no se trata de borrar el pasado o de olvidarlo, sino de asumirlo y extraer las suficientes experiencias como para poder elaborar el futuro con más conocimientos y más inteligencia.

Hay una búsqueda de la felicidad, no basada en el excesivo cuidado corporal ni en ascetismos exagerados, sino en vivencias más sutiles en relación con el alma. De allí el resurgimiento de la moralidad y de la formación indispensable para alcanzar una mayor altura espiritual» (El Renacimiento y el ser humano).

En definitiva, este Renacimiento promovió el «hombre en acción», en todos los planos.

Acciones como las de Marsilio Ficino en 1462 que, con el apoyo de los Médici, rescataron la Academia platónica traduciendo a Platón y a Plotino, fundador del neoplatonismo. O de nuestro conde de la concordia della Mirandola, cuando presentó su *Oratio de hominis dignitate* («Discurso sobre la dignidad del hombre»), considerado como el himno del Renacimiento italiano, donde recalcó especialmente el valor central y absoluto del ser humano al estar dotado del don de la libertad y poder elegir su destino con su capacidad ilimitada de conocimientos.

«Al hombre, desde su nacimiento, el Padre le confirió gérmenes de toda especie y gérmenes de toda vida y, según como cada hombre los haya cultivado, madurarán en él y le darán sus frutos. Si fueran vegetales, será planta; si sensibles, será bestia; si racionales, se elevará a animal celeste; si intelectuales, será ángel o hijo de Dios y, si no contento con la suerte de ninguna criatura, se replegará en el centro de su unidad, transformado en un espíritu a solas con Dios, en la solitaria oscuridad del Padre —él, que fue colocado sobre todas las cosas— y las sobrepujará a todas» (*Discurso sobre la dignidad del hombre*)».



Pico della Mirandola en el jardín de Boboli de Florencia. Lorenzo Bastiglia.

La grandeza de este renacentista es que concibió la idea de que el ser humano podía dejar de ser un espectador pasivo de un mundo inmóvil, sometido a un orden que se le ha impuesto, y tornarse en actor y creador en un mundo dinámico con infinitas posibilidades para modelar su condición humana. De ahí que propuso mediante sus obras entrelazar la retórica y la filosofía con lo metafísico.

Así, vemos que en Pico se entrecruzan el poder indagador de la razón para combinar la corriente teológica y filosófica medieval con la luz del intelecto de la incipiente modernidad y la filosofía atemporal. Es un amante de la verdad, un incansable defensor de la concordia de los saberes. Algunos de sus comentadores califican su obra *De ente et* como la voz apaciguadora entre los platónicos y aristotélicos para conseguir la «paz filosófica» y la «concordia religiosa», entre estas dos tradiciones filosóficas que estaban continuamente enfrentadas.

«Y como los que piensan que Aristóteles disiente de Platón disienten igualmente de mí, que me empleo en dar una filosofía que concuerda a los dos, me rogabas te dijera cómo se defiende en aquel tema a Aristóteles, y cómo concuerda con su maestro Platón. Dije entonces lo que me vino a la mente, más bien en confirmación de lo que tú respondiste en la disputa aduciendo algo nuevo. Pero se ve que no te basta. Me pides ahora que, aunque voy a escribir más detenidamente en la *Platonis Aristotelisque Concordia* que ahora estoy dando a luz, toque en un breve comentario aquello que entonces hablé libremente sobre esta cuestión» (Pico de la Mirándola. *Del Ente y del Uno*, 159-160).

Este es otro de los aspectos fundamentales que queremos remarcar de los humanistas, y es que para llevar a cabo su idea de la evolución del mundo y de las sociedades, había que basarse en una buena y culta educación, con la que el individuo se volviera más independiente, más digno y humano, gracias al desarrollo del espíritu crítico y la aplicación de las ciencias.

Tal vez la clave está en el mismo concepto de *renacimiento*, pero antes de que renazca la historia debe ser el propio ser humano quien lo haga, como nos propone Giovanni della Mirandola, en su discurso *Sobre la dignidad del hombre*.

Este ser de índole divina nos recuerda que estamos dotados de conciencia y que tenemos la posibilidad de discernir y elegir, cosa que no pueden hacer las piedras, plantas o los animales. Y pudiendo escoger, ¿dejaremos de lado esta maravillosa opción del renacimiento, de volver a nacer?

Es volver a vivir aprovechando cada día para renacer en los muchos renacimientos que nos deparará la historia.

«Estas son las razones, venerados padres, que no solo me alentaron, sino que me impulsaron al estudio de la filosofía» (Giovanni Pico della Mirandola).

Bibliografía

«El Renacimiento y el ser humano». Boletín 426, marzo de 2015. Delia Steinberg Guzmán.

Los motores ocultos del Renacimiento. Editorial NA.

Giovanni Pico della Mirandola. *Las 900 tesis*. Universidad Nacional Autónoma de México en 2014, Coordinación de Humanidades.

Giovanni Pico della Mirandola, *Discurso sobre la dignidad del hombre*, trad. Adolfo Ruiz Díaz. Universidad Nacional Autónoma de México en 2003. *Revista Digital Universitaria*.

Ensayos para pensar. Giovanni Pico della Mirandola, *Discurso sobre la dignidad del hombre*. Editorial π.

Pico de la Mirándola. *Del Ente y del Uno*.



JUICIOS Y PREJUICIOS

una distancia filosófica

Esmeralda Merino

La verdad: meta del filósofo

La filosofía es, intrínsecamente, amor a la verdad. Aunque no pretendemos conocer o alcanzar la verdad absoluta, sí podemos tomarla como norte e intentar que nuestro proceder en la vida cotidiana se oriente hacia ella en lo que depende de nosotros, es decir, en pensar y actuar, porque la vida nos presenta cada día oportunidades para hacerlo. Para tomar esa decisión, no hace falta haber estudiado Filosofía en la universidad, puesto que todos somos filósofos por naturaleza.

¿Qué significa pensar y actuar con respeto a la verdad? Básicamente, comportarnos como el jinete novato que, una vez subido a su caballo, tiene que prestar atención para intentar manejar adecuadamente las riendas de su montura si quiere que le lleve adonde tenía previsto. Esto requiere, en ocasiones, frenar al caballo que ya está moviéndose hacia cualquier lado y corregir el rumbo si es preciso.

Todos enfrentamos a lo largo del día situaciones nuevas, a veces enmascaradas en otras que ya conocimos, y tal vez ahí se encuentre la trampa. Siempre deberíamos plantearnos las circunstancias sin ideas preconcebidas, pero para eso hace falta poner atención. En lo que se refiere a valorar una situación o a una persona, esto es importante, porque una cosa son los juicios y otra bien distinta los prejuicios (que nunca lo parecen); hay una distancia filosófica que los separa. Como filósofos, debemos poner conciencia y hacer honor a nuestro propósito.

El lazo entre *doxa* y *episteme*, o sea, entre opinión y saber es, como dice Fernando Savater una relación de vieja enemistad. Ya Parménides distinguía entre la vía de la verdad y la vía de la opinión como maneras de acceder al conocimiento. *Doxa*, en la filosofía antigua, era el término que definía un pseudoconocimiento, un falso conocimiento basado en lo superficial, y que correspondía más a lo que uno cree o

imagina que a lo verdadero. Platón habla de los doxóforos o profesionales de la opinión, que explican las cosas como si realmente supieran, cuando en realidad solo interpretan un papel haciendo como que saben, ya que su verdadera habilidad está en las palabras, que saben manejar mucho mejor que su pensamiento. Podríamos preguntarnos si no estamos ante un fenómeno parecido cuando escuchamos a cantidad de opinólogos profesionales que copan las tertulias de los medios de comunicación actuales, capaces de sentar cátedra en cualquier tema que se les proponga, independientemente de su formación o profesión.

Juicio o entendimiento

«¡Triste época la nuestra! Es más fácil desintegrar un átomo que un prejuicio» (Albert Einstein).

El juicio es la facultad por la que el ser humano puede distinguir el bien del mal y lo verdadero de lo falso. El buen juicio permite elegir entre varias opciones la más adecuada. Tener buen juicio es tener cordura, prudencia, sensatez; el discernimiento proviene de la capacidad racional de la mente humana, y consiste en escoger de modo acertado entre las posibilidades que se ofrecen.

Cosa distinta es el prejuicio. El *Diccionario de la lengua española* nos explica que un prejuicio es una opinión previa y tenaz de algo que se conoce mal. Esa es la clave. Juzgamos antes de conocer y, además, nos empeñamos en mantenerlo. Un prejuicio es una opinión asentada que hemos adoptado antes de tener los elementos necesarios para evaluar correctamente una situación o a una persona, y lo exteriorizamos emitiendo una valoración sin fundamento suficiente, perdiendo, por tanto, la verdad como punto de referencia.



En la vida cotidiana, son los estereotipos los que suelen generar los prejuicios. Un estereotipo es una idea simplificada sobre un conjunto de personas que comparten ciertas peculiaridades; por ejemplo: «todos los andaluces son graciosos». Es decir, clasificamos a todo el grupo con una característica común en una categoría, y el prejuicio hace que esperemos que cada integrante del grupo responda a esa característica. Este mecanismo de categorizar a personas y situaciones hace que pongamos una etiqueta a la gente por su apariencia o por la primera frase que dicen. Es en los estereotipos donde se esconden muchos prejuicios hacia determinados grupos sociales.

Esta condición de anticipación del prejuicio es lo que le convierte en difícil de superar, precisamente porque ya está instalado en nuestra mente antes de empezar a razonar o de intentarlo al menos, que es un paso que solo se da voluntariamente. Es decir, si no tenemos la voluntad de analizar nuestros actos o inclinaciones, ni siquiera vamos a notar que tenemos algún prejuicio.

Hannah Arendt habla de los prejuicios referidos a la política, pero podemos aplicar sus argumentos a las costumbres y «verdades» establecidas de un grupo social o geográfico concreto. Ella subraya que están íntimamente relacionados con la capacidad de juzgar, y que para que haya un pleno ejercicio de esta capacidad y de la libertad inherente a la misma, los juicios han de apoyarse en razonamientos y precedentes bien definidos y constatados.

Lo peligroso de un prejuicio y su inquietante eficacia consiste en que se basa habitualmente en una experiencia previa real y concreta, sí, pero que oculta (casi siempre inconscientemente) una parte también real de las circunstancias que lo generaron, lo cual es suficiente para desviarlo de la verdad. En su origen, pudo ser un criterio verdadero concordante con unas circunstancias espaciales y temporales específicas. Pero este juicio, arrastrado a lo largo del tiempo en estado inmóvil, congelado, a través de una realidad continuamente cambiante, sin revisión ni objeción ninguna se convierte en un prejuicio establecido en la mente, a nivel individual o colectivo.

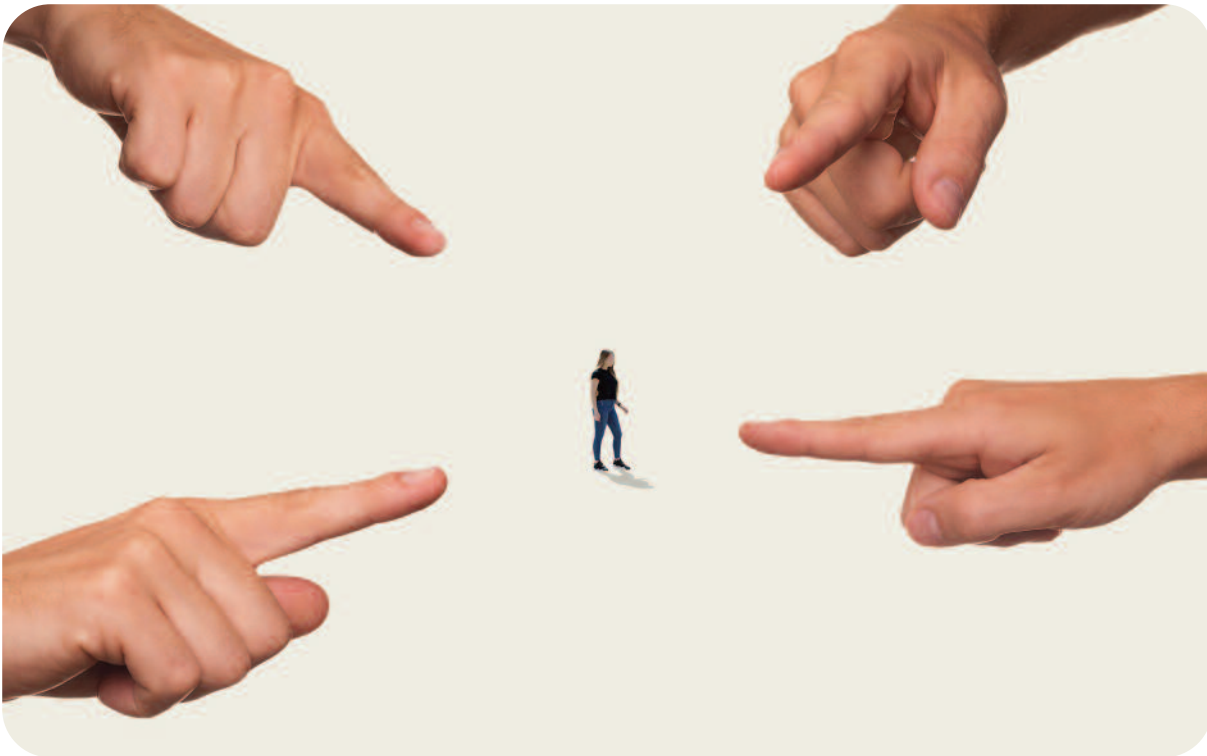




Con referencia a lo histórico o lo político, decía Arendt que los prejuicios, aunque hayan tenido un fundamento en el momento de aparecer, se adelantan al análisis de la actualidad y lo bloquean, lo cual imposibilita tener una verdadera experiencia del presente. Así que la primera receta para disolver los prejuicios sería aceptar la misión de redescubrir los juicios pretéritos que contienen para encontrar la parte de verdad que encierran y, por consiguiente, la parte de falsedad que también albergan. Aplicados en sentido amplio, pueden referirse a prejuicios colectivos, a veces muy antiguos (los que incumben a los negros que llegaron a América o a los judíos en diferentes lugares del mundo, por ejemplo), pero también pueden aludir a periodos de tiempo o grupos más pequeños en diversas escalas, hasta llegar, incluso, a lo que prejuzgamos sobre un vecino por su aspecto físico, su condición social o sus creencias.

El filósofo del siglo XX Hans Georg Gadamer afirma que el prejuicio, al ser un juicio previo a la razón, no tiene que ser obligatoriamente equivocado, sino que más bien es una fórmula para experimentar la realidad, ya que puede conducirnos tanto a la verdad como al error. Estaría condicionado a que lo comprendamos. Ahí está el *quid*. Puede funcionar como una hipótesis de trabajo, cuyo valor de verdad requiere ser comprobado, y podemos, en este sentido, considerar el prejuicio como una simple suposición y no necesariamente una concepción errónea. Tomado como hipótesis, puede conducir a la comprensión veraz de un tema o situación en concreto.

Gadamer habla de dos grupos principales de prejuicios: los de precipitación y los de autoridad. La primera clase se refiere a juzgar algún tipo de información sin haberla examinado de forma rigurosa. La segunda se da cuando aceptamos de forma acrítica algo que proviene de una fuente que para nosotros representa una autoridad (pasada o presente, por escrito o por vía oral). Lo damos por bueno, sin más. Así, a pesar de que



Descartes señalaba que el buen sentido es naturalmente igual en todos los seres humanos, Kant exhortaba a conseguir la autonomía de pensamiento, porque se da con frecuencia una especie de incapacidad *autoculpable*, que no es una deficiencia en la facultad de juzgar, sino más bien un comportamiento que renuncia a la propia razón por cobardía a enfrentarse a los criterios establecidos. Cualquier toma de decisión requiere un cierto esfuerzo.

Querer entender

El filósofo del siglo XIX William James decía que «un gran número de personas piensan que están pensando cuando no hacen más que reordenar sus prejuicios».

Nuestra parte psicológica nos predispone a responder de cierta manera ante un estímulo de acuerdo con una respuesta anterior, sobre todo si no ejercemos nuestra capacidad crítica. Se fundamenta en un principio de economía cognitiva que señala que es más fácil confirmar una opinión personal basada en emociones que reflexionar para llegar a una idea diferente de la que teníamos. No podemos evitar tener una actitud mental llena de presupuestos que nos hacen posicionarnos y condicionan nuestra interpretación de los hechos, pero hay un modo de determinar la validez de nuestras suposiciones y es llevarlas al nivel de la conciencia.

Si no ponemos voluntad para bloquear este primer impulso y atención para valorarlo, estaremos construyendo y formulando ininterrumpidamente opiniones superficiales. Es necesario, por tanto, revisar críticamente los propios posicionamientos con cierta frecuencia, distanciándonos de ellos para someterlos a examen. El dominio de los prejuicios inconscientes puede anular la comprensión de una situación, y se impone, por tanto, el acto voluntario de análisis como condición necesaria de la facultad de entender. Por eso es importante poner conciencia, y así nos daremos cuenta de que

siempre son falsas las sentencias generalizadoras del tipo «Todas las mujeres son unas exageradas» o «Todos los hombres son iguales». Aunque solo un individuo entre millones se saliera de la norma decretada, ya sería falso el juicio.

Al final, un prejuicio es una forma distorsionada de interpretar la realidad, así que volvamos a tomar la verdad como faro y ejercitemos de modo adecuado nuestro entendimiento, que es lo más humano que tenemos, al decir de las antiguas tradiciones, y lo que nos coloca en un nivel por encima de lo animal, ya que el plano mental es exclusivo del género humano y, además, no se limita solamente a la capacidad de razonar.

Sin embargo, no basta tener la herramienta para hacerlo, la mente; hace falta aprender a utilizarla y que funcione en sus mejores posibilidades. No es suficiente tener una bicicleta guardada en el garaje para declarar que podemos desplazarnos en bici adonde y cuando queramos. La primera vez constataremos que, a pesar de saber dónde están los pedales, el manillar y el freno, lo de guardar el equilibrio requiere algunos intentos iniciales. En el caso de la mente, ni siquiera sabemos exactamente dónde están las piezas, cuántas son y qué cosas hacen, lo cual apoya la hipótesis de que hay que trabajar mucho para sacarle un buen rendimiento. Y no estamos hablando del cerebro físico, sino de las capacidades humanas que constituyen los verdaderos poderes que todos tenemos a nivel individual y que permanecen muchas veces inexplorados.

Aprender a pensar

Emilio Lledó explica que la ingente cantidad de informaciones que circulan en nuestro tiempo tienen un efecto paradójico, pues en lugar de hacer más ágil nuestro entendimiento, pueden llegar a atrofiarlo por exceso y originar unos reflejos condicionados que hacen saltar incontroladamente comportamientos y opiniones.



Uno de los efectos negativos de este estancamiento mental es el fanatismo. La fanatización de las opiniones contradice, según Lledó, la faceta dinámica del vivir, la energía vital de sentir y pensar, porque «*filosofía* significa no tanto amor por el conocimiento como interés, tendencia, pasión por entender, por saber, por iluminar»¹. La verdad, tal como decía Rousseau, no necesita del fanático.

Este deseo de saber podría resultar condicionado por todos los prejuicios que se guardan durante la vida a través de las opiniones asumidas. Si comienzan desde la infancia mediante una educación equivocada y tendenciosa, pueden oscurecer la posibilidad de ejercitar una inteligencia crítica, con lo que impiden la libertad individual, al ser el individuo asfixiado por estereotipos mentales o frases irracionales que impactan en la mente en una edad temprana, en la que todavía no tiene activados sus mecanismos de defensa.

Por el contrario, un ejercicio constante de nuestras capacidades interiores permite la transformación de opiniones móviles en juicios estables y la aparición de convicciones, tal como explica Delia Steinberg: «No es anquilosamiento ni estancamiento; al contrario, quien tiene convicciones vive al ritmo de las ideas, pues estas tienen una energía propia y un ritmo natural de desarrollo»². Una persona con convicciones es tolerante, aunque sea firme en lo suyo. En cambio, una persona fanática no lo es, porque solo acepta una idea, la suya.

No andaban descaminados los antiguos hindúes cuando aconsejaban los rectos pensamientos para acercarse a una vida estable y con convicciones, es decir, con un horizonte vital alejado del dolor existencial y con pequeñas certezas adquiridas a lo largo del camino. Unos rectos pensamientos que debían ir precedidos de unas rectas intenciones. Todo un desafío para los que transitamos este siglo XXI. Difícil pero posible.



¹ *Identidad y amistad*, Emilio Lledó. Taurus, 2022.

² «Convicción y fanatismo», <https://biblioteca.acropolis.org/conviccion-y-fanatismo/>

JINARAJADASA, vida y obra de un alma consagrada

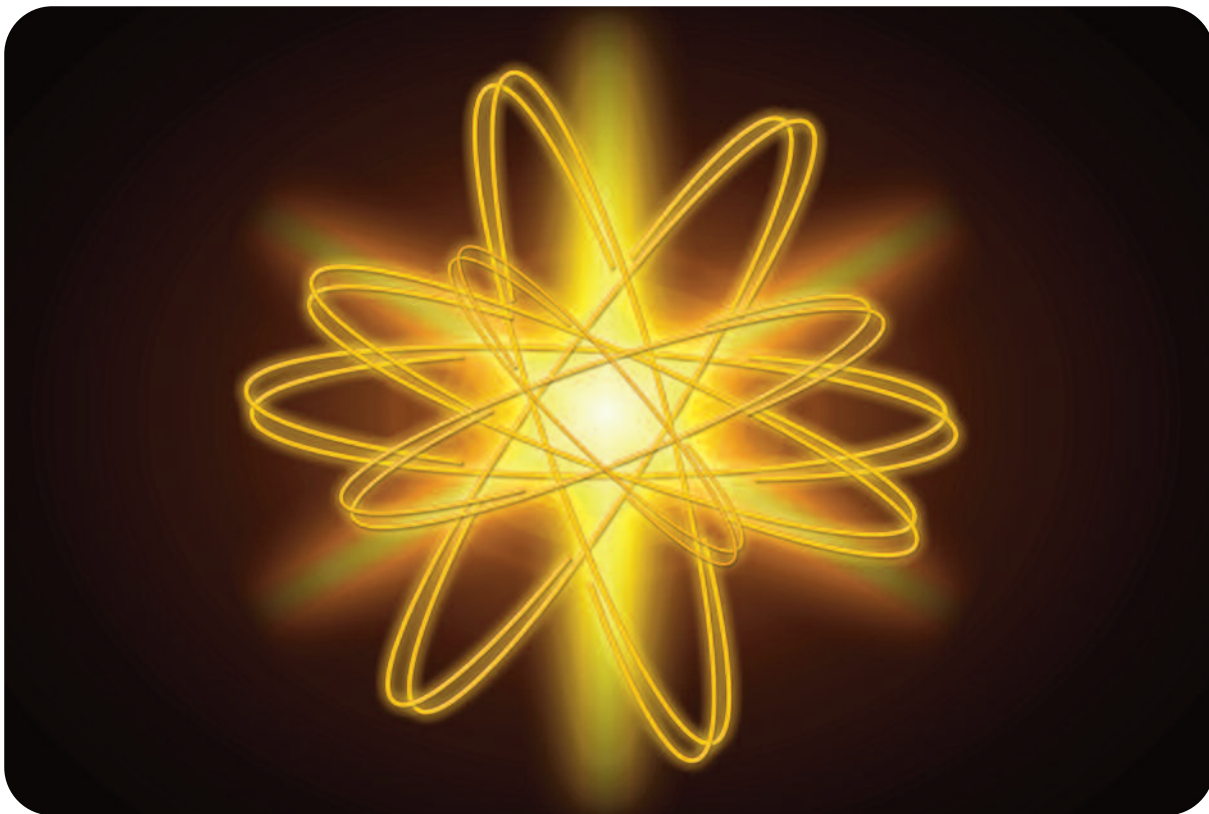
José Carlos Fernández

*Amó los niños, el mar,
Beethoven, el anillo de Wagner,
los coros del Aleluya, y su
Evangelio fue Ruskin*

Es el epitafio que el mismo Jinarajadasa escribió pocos años antes de su muerte, y estas palabras sirven, vivamente, como pinceladas de su alma. Los coros del *Aleluya* deben de ser los de Haendel, y el *anillo* es la *Tetralogía* de Wagner. Ruskin fue el gran ideólogo de la segunda mitad del siglo XIX, un apóstol del arte y la educación.

Curuppumullage Jinarajadasa¹ nació en el 16 de diciembre de 1875 en Sri Lanka, y con trece años conoció al gran místico y vidente C. W. Leadbeater, y como él, se convirtió en discípulo de K. H., uno de los maestros de H. P. Blavatsky e impulsor oculto de la Sociedad Teosófica. El mismo Jinarajadasa menciona en uno de sus artículos en qué consistió su primera prueba de discipulado, con catorce años, nadando de noche hasta el barco que lo llevaría a Londres, abandonando su país y su familia al ser llamado por la sabiduría y por el deber. En 1889 se encontró con la autora de la *Doctrina Secreta* y entró en la Logia de Londres de la Sociedad Teosófica con dieciocho años, en contacto con Sinnet (también discípulo laico de KH y a quien debemos sus famosas *Cartas de los Maestros*) y con Annie Besant, responsable, entonces de la Escuela Esotérica de esta misma organización mundial. Se licenció en Lenguas Orientales en la Universidad de

¹ Estoy siguiendo aquí, muy de cerca, y con algunos comentarios, la biografía que aparece en la página TS de Adyar <https://www.ts-adyar.org/content/c-jinar%C4%81jad%C4%81sa-1875-1953>



Cambridge y también estudió Leyes. Volvió a Sri Lanka, donde ejerció durante dos años como vicerrector en el Ananda College en Colombo, fundado por Leadbeater. Vuelve a Europa, a la Universidad de Pavía, Italia, para estudiar durante los años 1902-04 ciencia y literatura (y desde ese momento la *Divina Comedia* de Dante sería uno de sus grandes libros inspiradores). En 1914 se dirige a América, donde va a comenzar una carrera prolífica de conferenciante y escritor que duraría, ininterrumpida, casi cincuenta años, con miles de conferencias, unos 1600 artículos y más de cuarenta libros (algunos son confeccionados con artículos y conferencias).

Con dotes de clarividente desde muy joven (sin necesidad de fijar la mente para hacerlo, percibía con ojos abiertos o cerrados otros planos de conciencia, especialmente el astral), realizó investigaciones en Química Oculta analizando la estructura de la materia junto con Annie Besant y Leadbeater. Las mismas servirían de manual teórico y de experiencias para que en 1922 Francis Aston recibiese el premio Nobel de Química por su descubrimiento de un buen número de isótopos de elementos no radioactivos². En el libro de Jinarajadasa *Investigaciones ocultas*, narra cómo se reunían, las dificultades para encontrar los cristales, o las experiencias químicas o de física atómica que acompañaron estos estudios en lo invisible, incluida la tabla periódica que él mismo, con unos veinte años, elaboró en base a la conjugación de dos lemniscatas e inspirado en el del nobel de química William Crooks. La humanidad en un futuro más o menos lejano (no menos de varios miles de años, en general), desarrollará en su natural y esforzado avance evolutivo la facultad de ver el interior de los objetos aparentemente sólidos, y también las distancias infinitas. Este libro y los experimentos de Jinarajadasa,

² Veáanse las investigaciones de Stephen Philips en su obra *Extrasensory perception of subatomic particles* y la página <https://www.scielo.br/j/qn/a/vvvM4hMjG58LmtQhdvDMqv/?lang=pt>

con todo el rigor científico y el nuevo instrumento o capacidad hoy parapsicológica, serán un ejemplo de cómo se conducen las investigaciones de este género, cómo se hace ciencia sin vivisección ni provocar dolor, o sin golpear bloques de materia a la velocidad casi de la luz y reconstruir el interior según cómo se mueven los pedazos: como si un niño queriendo descubrir el funcionamiento de su coche de juguete en vez de desmontarlo lo golpeará con una piedra.

Su etapa de estudiante en Cambridge debió de ser muy difícil para él, según cuenta, por la enorme diferencia entre sus ideales y estudios esotéricos y los universitarios, en un siglo de materialismo y caos mental-espiritual. Además, estando en la Senda, debía acelerar su karma, y explica que vivió durante años en agonía y crucifixión interior sin que nadie notase absolutamente nada. Su Maestro le explicó que esto era lógico y necesario para aquel que quería subir la Montaña por el atajo. En estos tiempos de desolación nos dice, en su artículo *El Sendero Directo y el Indirecto*, que su salvación fueron los libros de Ruskin que le enviaba Leadbeater y una oración que pronunciaba a la estrella de la mañana, desde donde sentía que su alma misma había irradiado, eones antes.

Una de las experiencias más difíciles de su vida debió de ser todo el trance de Krishnamurti, ese niño de aura perfectamente pura, según Leadbeater, que educaron para que se convirtiera en una especie de nuevo Buda. Jinarajadasa fue el encargado de darle formación esotérica, pero abandonó el trabajo, desesperado, pues el joven era indómito y no se sometía a ningún tipo de disciplina: ¡mal augurio o prueba de su voluntad que a nadie se sometía! Después acompañó el desarrollo de su alma e incluso anunció diferentes Iniciaciones del mismo, escribiendo además un bello artículo que apareció en el libro *Dioses encadenados*. En 1929 llegó la disolución de la Orden de la



Estrella —que giraba en torno a él, Krishnamurti, como nuevo Maestro del mundo— con el famoso discurso de «la verdad es una tierra sin caminos». Toda la Sociedad Teosófica giraba entonces, para desgracia de muchos, en torno a él, y bajo su «autoridad espiritual», Annie Besant había incluso disuelto la Escuela Esotérica, y tras la separación de Krishnamurti, enfermó violentamente, quedando inválida hasta morir, con ochenta y cuatro años, dos años después. Jinarajadasa sería uno de los discípulos amados que la cuidaría, permaneciendo junto a ella hasta el final. Jinarajadasa se encontró varias veces más con Krishnamurti, por ejemplo en un debate filosófico que quedó grabado, y donde vemos al genial y brillante Jinarajadasa casi en silencio y con intervenciones opacas, casi pidiendo permiso por exponer lo que piensa, ante su totalitarismo dialéctico y magnético.

En el año 1916 se casa con Dorothy M. Graham, una gran trabajadora por la causa teosófica, juez de paz en Madrás, y que funda en 1917 la Asociación de Mujeres de la India.

Desde el año 1921 hasta 1928, acompañando a Annie Besant, fue vicepresidente de la Sociedad Teosófica, y dentro de la misma, uno de los miembros fundadores de la Orden de los Hermanos del Servicio, jóvenes voluntarios consagrados integralmente al servicio a la sociedad y a los ideales de la ST. Fue jefe externo de la Escuela Esotérica desde 1934, tras la muerte de Leadbeater y fundador de la Escuela de Sabiduría en 1949, para estudiar en profundidad las enseñanzas teosóficas como una filosofía contemplativa y práctica al mismo tiempo.

Durante varios años, de 1930 a 1932, fue director de la biblioteca y del archivo de Adyar, extrayendo para el público auténticos tesoros de la misma, como por ejemplo, la edición del Libro de Oro de la Sociedad Teosófica, con imágenes y testimonios de sus grandes momentos.

Annie Besant





Jinarajadasa

En el año 1946 asume la presidencia de la ST con una enorme actividad durante siete años, en que tuvo que revivificar su presencia en una Europa destruida por la guerra, y con su sede central casi en abandono por la falta de medios materiales y humanos, tras su ocupación militar durante años. En 1953, ya enfermo y muy debilitado, renuncia a la misma y asumirá el testigo Nilakantha Sri Ram. Jinarajadasa morirá cuatro meses después, con setenta y siete años.

Nos dicen sus biógrafos que le encantaba llevar árboles para plantar de un continente a otro, cultivar rosas, lirios y lotos; que amaba con gran sensibilidad a los animales, que consideraba a todos los hombres sus hermanos, que abogó para que la mujer fuera la contraparte luminosa del hombre y no su inferior ni su oponente, que los niños eran el mejor símbolo de Dios en el momento en que vivió (como lo eran las Madonas en la Edad Media o los jóvenes en la Atenas de Pericles).

Su obra es colosal, ingente, si consideramos las decenas de miles de cartas y postales que envía, sus clases en la Escuela de Sabiduría y la dirección de la Escuela Esotérica, y los innúmeros artículos y conferencias, además de la dirección organizativa y efectiva de una organización de más de treinta mil miembros y activa en más de cincuenta países, y de la revista *Theosophist*, con todo lo que ello implicaba. Centellean estos artículos y conferencias con un estilo en que se conjugan aparentes opuestos: poesía, mística, rigor científico, amor por todas las formas de belleza, conocimientos reales de ocultismo práctico y la capacidad de discursar en inglés, francés, italiano, español, portugués y varias lenguas más.

Los temas de estos artículos y libros son variadísimos; por ejemplo, además de los mencionados:

En *Su nombre* (1913) explica el camino del discípulo y la Iniciación, y las etapas del mismo.

Fundamentos de teosofía (1921) es una obra sombrosa en sus estudios sobre el Karma, la doctrina de los avatares, la reencarnación, la evolución de las formas, de la vida y de la conciencia, que se van conjugando enraizadas en y desde el Triple Logos solar en lo que bien podemos llamar el Plan de Dios; y con explicaciones muy audaces sobre el Corazón de la Jerarquía que guía invisiblemente el barco de la humanidad a través de las tempestades generadas por su propio karma e ignorancia; o sobre el trabajo de los Maestros de Sabiduría. Incluye en este libro notas y resúmenes de sus investigaciones en química oculta y la estructura de la materia.

Dedica varios opúsculos a biografías, una en homenaje a Annie Besant, tras su muerte. Otra sobre «La personalidad de H. P. Blavatsky»; y toda una serie comentada sobre las *Cartas de los Maestros* (las cartas recibidas por Sinnet y otros teósofos).

En el artículo «Mi gato», que aparece en esta misma revista, tiene la delicadeza de escribir unas páginas sobre su gato, y dada su visión astral, sobre su vida *post mortem* y pequeño cielo (devakán). En otro, explica cómo el héroe nacional húngaro Hunyadi Janos fue la reencarnación de Christian Rosenkreutz y cómo este místico asumió esta forma de militar para detener el avance de los otomanos y salvar Europa, que acunaría una nueva cultura y civilización, con sus más y sus menos, con la que hoy disfrutamos y sufrimos también, al estar la misma en sus estertores de muerte. O dedica un cuaderno monográfico entero a un estudio histórico riguroso sobre el Bhagavad Gita y cuándo habría sido escrito. Escribe artículos sobre Wagner, o sobre Almanzor, el último caudillo del islam de los omeyas en Córdoba. O reivindica en varios artículos los ideales de la





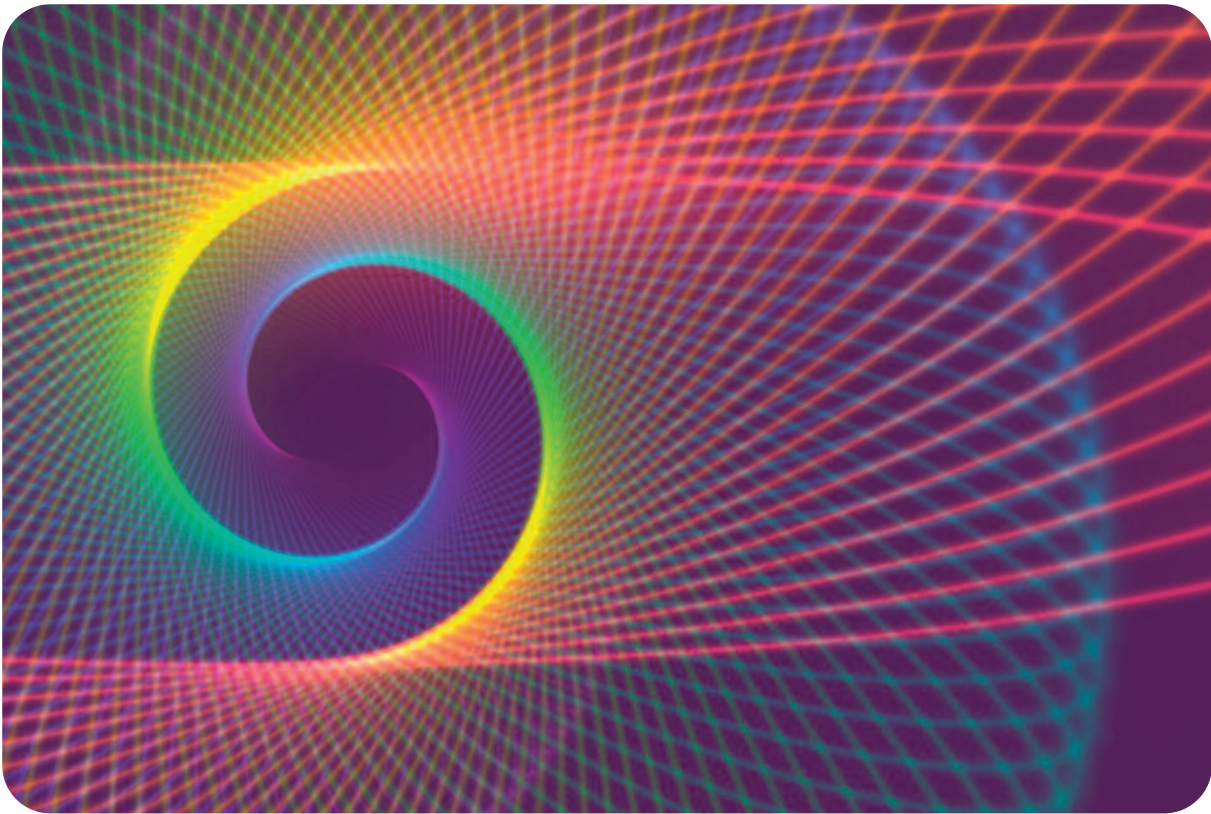
antigua Aryavartha, o en un libro, la historia del emperador filósofo Akbar y su relación con su poeta y biógrafo Abu Fazl, etc., etc., etc.

El arte y las emociones es todo un tratado de estética metafísica, pues el arte como senda de depuración interior y de apertura de las puertas del alma y desarrollo de la intuición es uno de los temas que más ocuparon su vida y su pensamiento.

En *La nueva humanidad de la intuición*, rinde homenaje a los métodos educativos de Pestalozzi y Montessori, a la gran experiencia de fraternidad, idealismo y reencuentro con la naturaleza que fue el movimiento scout, superando los vicios de desprecio en base al estrato social, económico o étnico, o a las diferencias de nacionalidad o creencias religiosas.

Algunos trabajos son asombrosos. En una visión mística, es desplazado al futuro de la humanidad, a una comunidad-país que vive en perfecta armonía y gobernada por reyes iniciados y sus discípulos directos en un valle florecido, e independiente de las turbulencias políticas del siglo, y que no podemos dejar de relacionar con la Castalia de *El juego de abalorios* de Hermann Hesse o con la también asombrosa novela *Valley of the Roses*³ de Georgios Papachatzis (que muchos consideran que es una historia real y no una novela). Jinarajadasa describe en el libro *Flowers and Gardens* esta misma visión, cómo es la vida cotidiana en la misma y, lo más estupendo, la nueva religión en ella, que no está basada en ningún tipo de mesías personal, sino en las flores. O sea, una religión cuyos conceptos, enseñanzas, rituales y vivencias místicas están todos ellos asociados a las flores, de ahí el título de este libro. Quizás el Dr. Bach con sus flores

³ En español «Crónicas del futuro: la asombrosa historia de Paul Dienach».



terapéuticas o los estudios de la Madre (Mirra Alfassa) en el *ashram* de Sri Aurobindo sean precursoras de esta religión del futuro que, evidentemente será menos «teológica» y evangelista que las actuales.

El libro *Dioses encadenados* incluye una conferencia sobre Krishnamurti antes de la escisión, y su forma de enseñar. También, todo un ideal de como despertar el alma de los niños, a quien llama una y otra vez «agentes de Dios» y cómo guiarlos, en su capítulo «La teosofía y la educación». En otro artículo explica la diferencia entre el yoga verdadero y el falso y los peligros de este último.

Tiene un artículo extenso sobre la historia de la reencarnación y su difusión en todas las religiones del mundo, con pruebas documentales y analógicas; y un libro entero, *Cómo recordar las reencarnaciones anteriores* sobre la reencarnación en la historia, no ya a nivel individual solo, sino de grupos de almas que retornan para seguir trabajando en el momento actual como lo hicieron en otras encarnaciones. Compara así, por ejemplo, la Florencia del Renacimiento con la Atenas de Pericles; las mismas almas habrían sido agentes del mismo milagro artístico y filosófico.

Varios de sus libros están dedicados íntegramente a los niños o a la formación de los jóvenes y adolescentes, como por ejemplo *I Promise*, *The Wonder Child*, *Release* para las vivencias en la orden llamada «Cadenita de Oro», de niños (en su «me comprometo a ser un eslabón en esa cadena de amor que rodea el mundo entero») o en «Los caballeros de la tabla redonda», con su culto al Rey del Mundo simbolizado en el rey Arturo, ávidos de hazañas y aventuras por el bien y la justicia.

Una de sus últimas obras, de la que se sentía más orgulloso, y quizás aún poco conocida es *Los siete velos sobre la conciencia*, escrita un año antes de su muerte y en que explica la conciencia celeste y pura como una mano cubierta de un guante cirúrgico, cubierta

por uno de abrigo, otro de trabajo, etc., hasta llegar al guante de boxeo. Las percepciones de lo real con los sentidos físicos sería como tocar algo y percibir su naturaleza con los guantes de boxeo. A medida que los sentidos van siendo más internos o el alma se despoja de sus vestiduras, la percepción sería más pura, hasta llegar a la pura y perfecta subjetividad, que es la única perfecta objetividad sin adulteraciones. En este libro, a diferencia de muchos de los otros (excepto *Fundamentos de teosofía*, sus libros de poesía y pocos más), que son colecciones de artículos, o conferencias, o pequeños ensayos, sorprendió vivamente a los teósofos (e imagino que a todos los lectores) con una recreación de su propio devakán (cielo forjado con la depuración de sus vivencias internas e ideales) tras la muerte y que indica lo que era realmente valioso para su alma.

Algunos teósofos le reprocharon que los idealistas comprometidos en grado de discípulos aceptados por verdaderos Maestros con mayúsculas y en grado de Iniciados, pactan, como dice H. P. Blavatsky en *Voz del Silencio*, no cesar su trabajo y volver y volver a la vida hasta la victoria final (el nirvana) o siempre que sean llamados por la Causa que los convoca. Jinarajadasa explica que, aunque esto sea cierto, su trabajo durante sesenta y cinco años ha sido incesante, sin pausa, y que ciertamente necesita un «descanso» para volver renovado a la batalla de la luz contra las tinieblas de la ignorancia, el caos y la maldad misma. Pues hasta los «guerreros de Odín» (o sea, del dios de voluntad que gobierna el mundo como rey de reyes), de los que dice el verso «nadie sabe de qué se alimentan», necesitan su descanso entre batalla y batalla y sus fiestas en el Valhalla, y nosotros queremos honrar aquí su rastro heroico de misticismo y belleza.

¡SALVE JINARAJADASA!





www.revistaesfinge.com